

BIBLIOGRAFÍA

TEOLOGÍA

John C. LENNOX, *¿Ha enterrado la ciencia a Dios?*, Rialp, Madrid 2019, 275 pp.

¿Ha enterrado la ciencia a Dios? Esta es la pregunta no solo del título, sino la idea que regula los planteamientos y las soluciones que John Lennox nos ofrece en *¿Ha enterrado la ciencia a Dios?*, obra que en su versión original llevaba por título uno más explícito: *God's Undertaker. Has Science Buried God?* (2009). Sería: *El sepulturero de Dios. ¿La ciencia ha enterrado a Dios?*

Aunque el cientismo moderno parece apuntarse a una respuesta afirmativa, hay que señalar que la gran mayoría de los fundadores de la ciencia moderna -Galileo, Newton, Descartes, Robert Boyle, John Ray y sus predecesores musulmanes- su investigación fue en sí misma un acto de reverencia, algo que se desprendía de la munificencia de Dios, de la liberalidad de Dios que había creado un mundo tan maravilloso. La lista podría proseguir hasta la actualidad y afirmar, con Ghillean Prance: «Todos mis estudios han confirmado mi fe».

Contrasta esto evidentemente con las posturas de Atkins, de Dawkins y demás, pero ciertamente la ciencia,

es “el arte de lo solucionable”. Los científicos estudian solo aquellos aspectos del universo que están dentro de su campo: lo que es observable; lo que es medible y susceptible de análisis estadístico; y, de hecho, lo que pueden permitirse estudiar dentro de los medios y el tiempo disponibles. Así pues, la ciencia surge como una tautología gigante, un «sistema cerrado».

La religión, por el contrario, acepta las limitaciones de nuestros sentidos y cerebros y plantea al menos la posibilidad de que haya más cosas de las que se ven a simple vista, una meta-dimensión que podría llamarse trascendental. Tomar en serio la idea de la trascendencia, contra lo que algunos piensan, es muy razonable.

John Carson Lennox (1943) es profesor de matemáticas en la Universidad de Oxford y becario de matemáticas y filosofía de la ciencia en el Green Templeton College de la Universidad de Oxford. Posee doctorados de Oxford, Cambridge y la Universidad de Gales, viaja ampliamente hablando sobre la relación entre la ciencia y la religión. El profesor Lennox ha debatido con los escépticos más vociferantes, desde Christopher Hitchens a Richard Dawkins y es el autor de *Gods Under-*

taker: *Has Science Buried God?* (2009), *The Seven Days that Divide the World* (2011)... (2011). *God and Stephen Hawking: Whose Design Is It Anyway?* (2011) y otros muchos libros, en los que figura como co-autor con David W. Gooding, como el último, *Can Science Explain Everything?* (2019).

En su ámbito (las matemáticas) también tiene una amplia producción: más de 70 artículos sobre *Álgebra (Teoría de grupos)* y es co-autor de dos monografías de investigación en el Oxford Mathematical Monographs, *The Theory of Subnormal Subgroups* (con S. E. Stonehewer) en 1987 y *The Theory of Infinite Soluble Groups* (con D. J. S. Robinson) en 2004.

La obra tiene un prólogo, once capítulos y un epílogo. Al final del *Prólogo* nos indica Lennox cuál es su verdadero interés y, por consiguiente, el núcleo del nuevo libro: “La cuestión central de este libro es, en esencia, de cosmovisión. ¿qué cosmovisión es más congruente con la ciencia: el teísmo o el ateísmo? ¿La ciencia ha enterrado verdaderamente a Dios o no? Veamos a dónde conduce la evidencia” (p. 25).

Como toda obra, como todo libro, tiene sus áreas problemáticas: por ejemplo, el uso acrítico de la cos-

mología del Big-Bang con implicaciones teístas. Nos hubiera gustado ver que la discusión de Lennox sobre las cosmovisiones empleara un análisis más riguroso de los presupuestos y una crítica más profunda del concepto de neutralidad filosófica. Estos son temas importantes en sí mismos, pero más importante es señalar que han jugado un papel relativamente menor en el esquema general del libro. Como conclusión, podríamos decir que los desacuerdos sobre estos puntos no deberían restar mucho a la imagen que queda de esta obra, un libro sobresaliente que consigue crear interés y atención sobre estos argumentos. En segundo lugar, y más importante, Lennox va más allá de la mayoría de libros de divulgación sobre diseño inteligente y demás es efectivo en su integración de cuestiones históricas y en su presentación. Y Lennox va más allá de la literatura estándar de movimiento de Diseño Inteligente al dar el paso crucial de identificar al diseñador como el Dios de las Escrituras. Como resultado, *¿Ha enterrado la ciencia a Dios?* es un libro que vale la pena añadir a cualquier biblioteca de apologética, de teología fundamental, de defensa de la fe.

José Luis Guzón Nestar

Felcísimo MARTÍNEZ DÍEZ,
La salvación, San Pablo, Madrid,
2019, 342 pp.

La introducción ya nos presenta el tema en la variedad de enfoques que ha tenido a lo largo de la historia, desde la versión clásica de la teología y del catecismo hasta la despreocupación por el tema en estos tiempos y la diversidad de interpretaciones cuando se habla de salvación.

El tema ha caído en desuso a medida que la fe religiosa ha ido disminuyendo; quedó muy grabado en la mayoría de los cristianos desde las catequesis de infancia: salvación era un asunto del alma; estaba ausente una teología del cuerpo y de todos los aspectos de nuestra vida. Los mismos milagros de Jesús son un ejercicio de compasión y misericordia ante las situaciones humanas. El éxito y fracaso de la vida tenían su equivalente; éxito igual salvación eterna, fracaso igual condenación eterna. “Al fin de la jornada, aquel que se salva sabe...” Por eso, la vida consistía en ganar méritos para el cielo. El fruto de todo esto ha sido la práctica desaparición del vocabulario de las personas, incluso cristianas, y cuando aparece, apenas tiene relación con la fe y la experiencia cristiana.

Salvación, en el diccionario, es salvamento, ayuda física, protección civil, servicios sociales... las situaciones humanas de dolor son muchísimas y los esfuerzos por curar y salvar es trabajo de la ciencia. Pero todas estas situaciones siguen hablándonos de la permanente necesidad de salvación. ¿Tendrá algo que aportar el mensaje cristiano para iluminar estas situaciones? Algunos niveles de salvación no requieren fe cristiana: felicidad, éxito, vida plena, pero forman parte de la salvación integral, aunque no la garantizan. Una preocupación hoy es la búsqueda de la felicidad. Incluso los humanismos modernos ignoran el problema de la salvación, pero no el de la felicidad y la plenitud humana. El nuevo nombre de la salvación es “autorrealización”. “El humanismo concede al hombre el honor de ser hombre, pero lo encierra también en la fatalidad de ser hombre”. Ejemplo, el marxismo promete el advenimiento final del paraíso para toda la humanidad, la salvación está en manos del proletariado que abrirá el camino al paraíso final o a la sociedad comunista.

Los seguidores de Jesús encontraron en él algún tipo de salvación, por eso le siguieron sin preocuparse de definir la salvación. La teología cristiana recurre a Jesús y al Evangelio para

dar con el verdadero sentido de la salvación; su nombre significa “Dios salva”, en él está la salvación. Este es el núcleo del mensaje cristiano. La obra salvífica realizada en Cristo la hemos llamado: salvación, redención, rescate, justificación, liberación, victoria sobre la muerte. Sin embargo, el mundo sigue irredento. Por eso la fe cristiana es sembradora de esperanza, el señorío del resucitado ha comenzado en nuestra historia. El mensaje traspasa los umbrales de la vida terrena y afirma la resurrección como garantía de salvación total y definitiva.

Salvar la salud física; el cuidado personal es fundamental; la salud es como el sustrato, la columna, el entramado de todo lo demás en nuestra vida y, en este sentido, bienvenidos los esfuerzos de la sanidad, los movimientos del *bodyfitness*, del bienestar y el cuidado corporal. Junto a esto aparecen grandes problemas éticos, la preocupación excesiva por la salud, el aborto, la empresa farmacéutica, y también los grandes esfuerzos por la investigación; la ciencia ofrece grandes posibilidades. Se llega incluso a hablar de la “inmortalidad terrena”, de eliminar los límites del ser humano; conquistas de la ciencia que no deben llevar al hombre a creerse un dios. La salvación integral debe seguir cuidando la salud física. Los Evan-

gelios están llenos de actividades sanadoras de Jesús: endemoniados, parálíticos, etc. Jesús ayuda, consuela a los enfermos, su primera motivación es su compasión; curación física e incorporación a la comunidad. Los evangelios cuidan la calidad de la vida; el poshumanismo preconiza la conquista de la inmortalidad terrena; la fe cristiana espera la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Sólo Dios sabe en qué consiste la plenitud de la vida futura.

La salud psíquica es otro aspecto de la salvación como desarrollo de la persona, pensada de forma integral con una necesidad fundamental: la necesidad de sentido. Las bienaventuranzas o “macarismos” (majarios = beatus = bienaventurados) son deseos expresos de bienestar psíquico y material. El “archipiélago poshumanista” promete un hombre inmortal, feliz, invulnerable e ilimitado; la inteligencia artificial podrá traspasar los límites de la humana. Pero, ¿es conveniente todo lo que es posible científicamente? El *human inbancement* trata de superar las barreras de lo natural, sin saber hasta dónde se puede llevar el potencial de la inteligencia y la salud integral.

La salud espiritual es hoy una preocupación creciente, tanto desde el enfo-

que cristiano como laico. Se trata de abrir los ojos del alma, mirar a través de ellos. Es como un despertar buscando la espiritualidad sin religión (S. Harris) ya que ésta se considera un factor perverso para el crecimiento de la persona. Pero la búsqueda de espiritualidad es un fenómeno que requiere especial atención. Cultivar la espiritualidad es avivar la conciencia, ampliar el horizonte de la vida y abrirse a la trascendencia; aparece inmediatamente el rostro del otro que nos hace salir de nosotros mismos; se activan las facultades superiores para desarrollar la dimensión contemplativa. Las espiritualidades seculares se proponen la autorrealización, la atención plena, la plenitud. Para el discípulo de Jesús se trata de entregar la vida en favor de los demás; de una inmersión en la vida en clave de servicio. Necesitamos mediaciones, es la dimensión sacramental, o las formulaciones de la fe, o los rituales, que encarnan la vivencia creyente. La espiritualidad es una vivencia que se encarna en la conducta; es un estilo de vida.

El tema de la salvación nos lleva al de la culpa, al perdón, en su relación con la salvación. Importa diferenciar el pensamiento cristiano y el poshumano; el cristiano nos habla de experiencia de pecado, no solo de res-

ponsabilidad moral; sólo el creyente llega a vivir la culpa como experiencia de pecado. A la cultura secular le preocupa el problema ético de la culpa, cosa que no es poco, es clave en el sentido de fracaso o éxito; se rechaza el concepto de pecado como vieja creencia religiosa. La culpa es un cruel enemigo de la salud integral y el sentimiento de culpa un permanente motivo de malestar en las personas. A veces son sentimientos de culpa no identificados y son causa de la infelicidad (Freud). Toda salvación integral requiere la sanación de la culpa; Mt,9: Jesús perdona y luego “toma tu camilla...” El concepto de pecado no es comprensible al margen de la experiencia de fe. Y hablamos del pecado, mejor que de los pecados. Los fallos morales son manifestaciones parciales del pecado, que es, al final, el fracaso radical de la vocación humana. Juan habla del “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo...” y Rom 7, 14-25 refleja el drama moral del ser humano, la fuerza del pecado del mundo va más allá de nuestra razón y de nuestra libertad.

El ideal humano, en las iglesias ortodoxas, es la divinización. Se han dado imágenes de dios perversas que invitan al ateísmo o la indiferencia religiosa y que ignoran de lleno la gracia y el perdón, clave para comprender la

salvación. Tener en cuenta el perdón es necesario para acercarse a la salvación cristiana; su experiencia cura las parálisis físicas, psíquicas y espirituales. Todas las expresiones relacionadas con la salvación tienen relación con el perdón de los pecados. El tema de la salvación encuentra dos dificultades: la ausencia de la solidaridad en término bíblico; y además la cultura secular, ya que el concepto de salvación supone una concepción religiosa de la vida, de la historia y de la realidad. En el tema de la salvación ha habido términos importantes como expiación, redención, sustitución, justificación; términos que el autor trata de revitalizar desde un punto de vista positivo, para concluir con el término liberación, menos usado en la teología clásica y que apunta a la supresión de todas las esclavitudes que bloquean o limitan la libertad humana. Jesús es el hombre libre y liberador, sana y libera. Las apariciones son experiencias del encuentro con el resucitado.

Las distintas filosofías, incluso la cristiana, han adolecido de fragmentación al hablar del alma y olvidando la unidad del ser humano. La teología cristiana se aferró a la fe en un mundo futuro (Agustín, “nos creaste Señor para ti...”.) En la moderna filosofía (Escuela de Frankfurt) no

es el deseo natural de ver a Dios, sino el deseo natural de una justicia universal: la historia será exitosa si hay justicia para todos; sólo habrá salvación si hay salvación para todos. La mayoría de las religiones han entendido la salvación como una liberación de “esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida”; hablan de un paraíso. La fe cristiana ha dado nombre a esa vida después de la muerte: resurrección, vida de resucitados. No es una afirmación científica sino de la fe. No sabemos nada científicamente; lo que decimos saber es lo que creemos. Si interpretamos los textos en clave espaciotemporal encontraremos contradicciones y cosas inexplicables. Las apariciones son verdaderas catequesis; su mensaje central es que Jesús sigue vivo, Dios lo ha resucitado; y es la base para la comunidad cristiana. Al hablar de resurrección hay que pensar en todo lo que pertenece a la plenitud de la vida humana, no sabemos ni podemos decir nada sobre cómo será nuestra plenitud. Se mantendrá nuestra identidad personal, permanecerá lo que ella diga de amor, de auténtica realización personal, de humanidad, lo que hay de comunión. Se relacionará con la experiencia de una vida comunitaria satisfactoria.

Fe en la resurrección significa que el Dios revelado en Jesucristo puede y quiere llevar a cada persona a la plenitud de la vida. Nuestra imaginación solamente llega hasta donde nuestras experiencias históricas, todas ellas limitadas. Vida plena será también la restauración plena de toda la creación; tema preferente de las cartas de Pablo (1Cor 15); no hay salvación en solitario, no hay salvación integral si no es en comunión con toda la humanidad y con la naturaleza. Esta plenitud de vida será plena con toda la humanidad resucitada y con toda la creación plenamente restaurada. Importante no pensar solo en el más allá, hay que adelantar a esta vida terrenal experiencias de salvación, vivir ya como resucitados. La salvación integral abarca también la vida terrenal.

Lo que en la obra parecería una serie de temas inconexos, al final cobra una dimensión de proceso: el cuerpo, la psique, la espiritualidad, todo unido para llegar al planteamiento totalizador de la vida plena en la resurrección. El autor nos da una visión amplia, generosa y esperanzadora de la salvación. Nos insta a vivir como resucitados, ya que la salvación ha comenzado en Jesús resucitado y la seguimos nosotros en la medida en que vivamos de esa realidad.

José M^a Martínez

Fernando PRADO AYUSO (ed.), *Tejer historias, comunicar esperanza en tiempos de pandemia*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2020, 177 págs.

Obra coral, escrita por muchos autores. El Editor, Fernando Prado, comenta en el capítulo introductorio, que titula “Una crisis que desafía la esperanza”, que la idea del libro le surgió a partir de una homilía cuaresmal, en la que el sacerdote que la dirigía invitaba a vivir la cuaresma de un modo muy especial. Y la epidemia del coronavirus era algo más que especial. Por eso, escribe: “Sin alejarnos de la crudeza y del realismo de la situación, quizá unas historias bien tejidas pudieran ayudarnos a encontrar motivaciones para afrontar la letal amenaza de la desesperanza que, como siempre, asoma en situaciones de crisis. Porque una crisis siempre desafía la esperanza”. Y de ahí este libro, que es un tejido de historias que van narrando diversos autores y autoras:

- Nos topamos con el Misterio, de Manuel María Bru Alonso.
- La crisis del papel higiénico (manual de supervivencia), de Cristina López Schlichting.

- El testimonio contagia, de José Lorenzo López.
- Mirad las aves del cielo, de María Ángeles Fernández Muñoz.
- El virus de cerca, de Antonio Pelayo.
- Vidas que llenan de esperanza, de Marta Santín Palacios.
- Un caldito y una patata de Rodrigo Pinedo Texidor.
- Unas onzas de chocolate, de Javier Fariñas Martín.
- Llenar el alma de esperanza, de Irene Pozo Hernández.
- El primer gracias de Diego de Jesús Bastante Liébana.
- Chocolate espeso, de Miriam Diez Bosch.
- Salvador, de José Beltrán Aragonese.
- Ben-Hur y la Pietà, de José María Brunet Morales.
- Mi ángel de la guarda, de Rafael Ortega Benito.
- Milagros, de Cristina Sánchez Aguilar.
- Pensares, querer, sentir en tiempos de cuarentena, de Federico Fernández de Buján.
- Y estalló el bien, de Fco. Javier Valiente Moreno.
- ... Y resulta que ya éramos felices, de Auxi Rueda Vega.
- Y la vida sonrió en sus ojos verdes, de Carlos González García.
- La lección de Yoda, de Inma Álvarez Mira.
- Esperanza es nombre de mujer, de Faustino Catalina Salvador.
- Dios es..., de Silvia Rozas Barreiro.
- Por difícil que sea, tiene un sentido, de Javier Rubio Mercado.
- Quizá no haya otra oportunidad, de Sandra Várez González.
- Mi amigo el del SAMUR, de Ricardo Benjumea Vega.
- Fede o la esperanza peleada, de José Manuel Vidal.

- De balcón a balcón, de Laura Ana Ramírez Sánchez.

- Orar sin caer en la amargura, de Juan Vicente Boo.

- El ejemplo de los que nos dan testimonio, de Pedro Blasco Solana.

- Los niños ya no tienen miedo, de Sara de la Torre Hernández.

- Miradas de un hospital en tiempos de pandemia, de Esteban Pittaro.

- El día que volvamos a abrazarnos, de Ana M^a Medina Heredia.

Cada una de estas historias contribuye a cumplir el objetivo que el Editor se propone, que no es otro que el de ayudarnos a tomar nueva conciencia de esa gran fraternidad que nos une como seres humanos y a extraer de lo que estamos viviendo la sabiduría para seguir caminando. Todos los artículos están escritos pensando en las personas que vive confinadas, por personas que a su vez están confinadas cuando escriben, pero que viven el confinamiento con esperanza y son capaces de encontrar y comunicar razones para vivir con sentido, en muchos casos porque la esperanza y el sentido les nace de la fe. Un buen grupo de autores son periodistas de

diferentes medios de comunicación, y esto se nota por su capacidad de comunicar y por su conocimiento de la realidad.

A lo largo de estos artículos, que ofrecen narraciones, reflexiones, anécdotas, se resaltan aspectos y gestos y que se han hecho habituales y que conviene recoger y guardar a salvo en la memoria personal y colectiva: los aplausos a todos los colectivos y todas las personas que han trabajado tanto por los demás, empezando por los sanitarios; los voluntarios de muy distinto tipo y actividad; los que se han esforzado por poner color en la vida cotidiana, ofreciendo servicios a los vecinos y haciendo de cualquier cosa motivo de fiesta para el disfrute de los demás; los que más han sufrido, porque han perdido seres queridos; los que dejaban su número de teléfono en la puerta para que cualquier vecino les llamara en cualquier momento si necesitaba ayuda; los que cocinaban para más personas, porque siempre había quien lo iba a necesitar, haciéndose pasar, en ocasiones, por personal del ayuntamiento; los enfermeros que, además de atender a los enfermos, se esforzaban personalmente por dar información a las familias, cuando las comunicaciones del hospital eran un caos...

Todos los artículos están escritos con un tono cercano y se leen muy bien, porque enganchan el corazón y la sensibilidad. Es muy fácil empatizar con lo que cuentan, porque están al alcance de lo que la mayoría de la gente ha vivido, destacando el valor de las pequeñas heroicidades que nos han hecho más humanos. Ofrecen pequeñas lecciones de vida que nos llevan a pensar que no necesitamos tanto para vivir, sino que lo más importantes son las personas, a encontrarnos con nosotros mismos, a recolocar el corazón en lo que realmente es valioso, a valorar lo pequeño, a volver a ser como niños y a aprender lo que ellos nos enseñan, a despertar la sonrisa en los demás, a escapar del utilitarismo, a convivir con las personas más necesitadas, a valorar lo que los ancianos nos ofrecen y sus personas, que son en sí mismas ofrenda, a reencontrar a Dios...

Creo que el libro sí cumple su objetivo de comunicar esperanza. Parece un libro de ocasión, escrito muy claramente en un contexto y para un contexto concreto; pero, se lea cuando se lea, seguirá comunicando lecciones de vida y merecerá la pena su lectura.

Esteban de Vega

IGLESIA

Pablo BLANCO, Benedicto XVI. La biografía, San Pablo, Madrid 2019, 976 pp.

Sin duda que Joseph Ratzinger, el papa Benedicto XVI, es una de las figuras destacadas en lo humano, intelectual, teológico y eclesial del siglo XXI y del inicio de este. El acercamiento con hondura a su biografía nos permite conocer de primera mano la reflexión teológica previa al Concilio Vaticano II, el propio Concilio y las décadas que le siguen, así como los avatares de una Iglesia viva, evangelizadora, que se abre al mundo con esperanza y que sueña en hacer presente el Reino de Dios. Del mismo modo, la biografía del papa de la verdad nos descubre las sombras del mal y las dificultades que ha tenido que enfrentar la comunidad de discípulos de Cristo en ese periodo histórico. Documentarse sobre la figura de Benedicto XVI es bucear en el pasado inmediato para comprender el presente y descubrir las claves hacia donde hay que caminar en el futuro.

Pablo Blanco nos ofrece en su libro *Benedicto XVI. La Biografía*, un texto documentado, ameno y vivo que nos lleva de la mano, por medio de una lectura fácil, al conocimiento

del “papa de lo esencial, que dice lo que piensa, sabio, fiel a sus ideas y a la mayor gloria de Dios”, y desde él, nos permite conocer la historia reciente del occidente europeo junto a la esencia teológica preconiliar, conciliar y posconciliar, y a la Iglesia de todos esos años. En las 976 páginas de su volumen recorre catorce capítulos extensos en los que nos presenta sus orígenes: su Alemania natal, su entorno familiar, su educación, los acontecimientos de la guerra y sus consecuencias, así como la influencia que todo ello supuso en la gestación de la personalidad del que fuera más de dos décadas el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe. Continúa con sus estudios. Un hombre de inquietudes profundas, de búsqueda de la verdad, de pensamiento inquebrantable, sobresaliente en sus dotes intelectuales. Logró alcanzar un vasto conocimiento de las humanidades, la filosofía y la teología que sería la base de su ministerio sacerdotal y académico, episcopal y petriño al servicio de la Iglesia.

El libro en sus capítulos tres y cuatro aborda el Concilio Vaticano II y la influencia que este tuvo en el teólogo Ratzinger y en la vida de la Iglesia. Desmenuza Pablo Blanco este acontecimiento eclesial extraordinario de la mano de quien sería Benedicto

XVI. El Vaticano II y el recorrido como profesor del teólogo Ratzinger por las universidades de Tübinga hasta Ratisbona, se entremezcla y dan fisonomía a quien fue durante toda su vida “un colaborador de la verdad”. No es posible entender a Joseph Ratzinger si excluimos su tiempo como profesor de teología fundamental primero y de dogmática después: Escatología, Eclesiología y Cristología marcarán su horizonte académico, y quizás, toda su vida.

Desde Ratisbona, en su mejor momento como después diría, es llamado por la Iglesia al servicio episcopal como arzobispo de Múnich. Este cambio le costará por lo que significaba para él el dejar la docencia. Sin embargo, sería un buen arzobispo y disfrutaría mucho en el ejercicio del ministerio episcopal. En su labor académica primero y episcopal después, no estuvo exento de problemas serios y de dificultades a las que hubo de hacer frente, con acierto la mayoría de las veces, y que tanto dolor le causaron. El teólogo Blanco nos permite con su libro llegar hasta los rincones más ocultos de lo que fue la intensa vida académica de Joseph Ratzinger y del arzobispo de Múnich. El papa Juan Pablo II lo llama al servicio de la Iglesia Universal como prefecto de la Congregación para la Doctrina de

la fe. Deja Múnich y acude a la ciudad eterna a la que nunca abandonará. Su unión con el papa Santo, el trabajo codo a codo con él, enfrentarse a los problemas eclesiales buscando siempre la verdad de Jesucristo, hizo que tuviera que trabajar incansablemente y que, por defender la verdad y la libertad, se granjeara no pocas enemistades y sinsabores. Dice Pablo Blanco que siempre tuvo la certeza de que eso era lo que tenía que hacer y no eludió la cruz que comportaba. Un magnífico servidor de la verdad. Esa fue toda su vida. Como Prefecto de la Doctrina de la fe y de la mano de Juan Pablo II, cambio de milenio proponiendo a Cristo como centro del hombre, como propuesta de sentido y como quien puede cambiar el mundo y darle un nuevo horizonte.

El 19 de abril de 2005 Joseph Ratzinger se convierte en Benedicto XVI. A lo largo de seis capítulos, la mitad de las páginas de nuestro texto, Pablo Blanco desmenuza acontecimiento a acontecimiento lo que fue el fecundo, aunque breve, servicio petrino del prefecto alemán. Sus viajes, sus intervenciones, sus escritos, homilias, encíclicas, exhortaciones apostólicas, mezclados con los acontecimientos eclesiales, de la curia y de lo que va sucediendo en el mundo son descritos pausadamente permiti-

tiendo conocer el corazón espiritual del pastor de la Iglesia Universal. Al mismo tiempo, van apareciendo en el recorrido histórico del papa Ratzinger los graves problemas de la Iglesia de aquellos años: pederastia del clero, la Hermandad Sacerdotal de San Pío V, Vatileaks, la reforma de la curia... y aquellos a los que la Iglesia desea contribuir hacia su progreso como son el ecumenismo, la ecología, la libertad religiosa, la relación entre la fe y la razón... Su realidad física (había sufrido dos ictus y casi no veía por el ojo izquierdo), sus años, su incapacidad humana, los graves problemas a los que ha de enfrentarse la Iglesia... harán que, en la humildad del reconocimiento de la verdad y tras haber descubierto lo que Dios quería para él, el papa Benedicto XVI renunciara a la sede petrina el 11 de febrero de 2013. El doctor Blanco nos ofrece todos los pormenores de ello de modo bien documentado para que podamos acceder a la verdad de lo que realmente fue.

Termina la obra dando unas pinceladas de lo que fueron los últimos días de su servicio a la cátedra de San Pedro y de su vida dedicada a la oración desde que se convirtió en papa emérito. No se escatiman datos que corroboran la magnífica relación entre el papa Francisco y su predecesor,

con el que habla constantemente y al que pide consejo para el ejercicio de su ministerio eclesial.

Estamos ante una buena obra científica y literaria, recomendable para leer a cuantos sientan inquietud por conocer más a fondo la figura maravillosa de Benedicto XVI y su servicio en la Iglesia. Su frescura literaria no pone freno para estar al alcance de todos.

Francisco Julián Romero Galván.

ESPIRITUALIDAD

Bodo JANSSEN-Anselm GRÜN, *Firmeza en tiempos turbulentos. El arte de dirigirse a sí mismo y dirigir a los demás.* Desclée De Brouwer, Bilbao 2019, 290 pp.

Se nos presenta un extraño dúo de autores, un monje y un empresario: El P. Anselm Grün y Bodo Janssen. Este último va al monasterio a buscar solución para la crisis que sufre su empresa hotelera (Upstalsboom); conocía la expresión “cuida a la gente y los resultados se cuidarán a sí mismos”. Pero, ¿cómo aplicarla? Entra a valorar la espiritualidad como forma en que una persona puede vivir lo que es importante para él y otra revalorizar el espíritu humano. El lideraz-

go es complejo, ya que hay variedad de personas directivas que tratan con personas diferentes pero que desean incorporar esa singularidad en su trabajo. Con el P. Anselm vieron cómo dar confianza en la empresa, desarrollar actitudes, fortalecer la solidaridad y asumir responsabilidades; todo ello para experimentar más alegría y libertad en el trabajo.

El P. Grün recibe al empresario y piensa aplicar lo que se va diciendo en la regla de S. Benito: lo primero le propone el conocimiento de sí mismo; le dispone a ejercer el liderazgo desde la calma interior. Claro que en la comunidad monástica es más fácil encontrar sosiego, pero es relativo; en esa quietud surgirán las preguntas: ¿Cómo se desarrolla tu día? ¿Tu estado de satisfacción? ¿Qué piensas de ti mismo? Y así el empresario llegará a saber lo que es la humildad. El enemigo: tener que estar siempre localizable. El directivo busca siempre su propia seguridad, pero a veces la encuentra en que “todos hacen lo que mando”. Y, sin embargo, valorar a los empleados da seguridad y hace valorarse a sí mismos. Una pregunta que se hacen en el seminario: ¿Me dirijo a mí mismo? La mayoría responde negativamente.

Un rol importante del directivo es motivar, inspirar, llenar de espíritu.

En el monasterio, la persona y la comunidad buscan a Dios y ese buscar es constante porque siempre se busca algo mayor que nosotros mismos; lo mismo ocurre en la empresa, el misterio es siempre algo mayor que no puede entenderse por completo y es muy importante, como lo es hacerlo con quietud y soledad.

Pero, ¿el monasterio es una empresa?; esto suena raro a los empresarios. S. Benito avisa del cuidado con el lenguaje. Las tres palabras alemanas, *saden* (decir), *reden* (departir), *sprechen* (hablar) y en ese diálogo hay que sentir a las personas. El directivo ha de ser sabio, de *sapere*, que saboree el significado de su empresa y desarrollar una visión que es amar a los empleados. No puede ser dejar una huella de amargura, división e impiedad, la visión debe provenir de un potencial como es la huella de cada persona. Comunidad y empresa buscan el éxito, servir a las personas o en lo laboral el trabajo juntos, la fabricación de algo útil. Todo esto no elimina el liderazgo, sino que lo reorienta; la tarea del directivo consiste en crear sensibilidad al respecto.

En el monasterio también hay una economía y formas de aprovechar los recursos o ponerlos al servicio de la sociedad. El trabajo no tiene

la finalidad de conseguir más dinero. La empresa no niega su finalidad de sacar dinero, pero es importante inculcar en los empleados la idea de servicio a la sociedad. En momentos de crisis es un error comenzar por cambios externos que con frecuencia producen mayores dificultades. Hay que comprender lo que ha pasado. Una estrategia del P. Anselm en sus seminarios con directivos y ejecutivos es hacerles participar en el ritmo de los monjes, siempre con libertad; otra estrategia, que no se juzguen entre ellos. Así les hace comprender la importancia de los ritos, como un tiempo sagrado.

Las cosas son como son; la empresa es como es, los empleados son como son. Pero las cosas se pueden cambiar. Tomar decisiones no consiste en hacerlo perfecto, sino en tomar decisiones inteligentes (Tomás de Aquino). Para ello hay que aceptar la limitación. El autor alude a la manera de discernir en comunidad; es un discernimiento que luego se deja en manos del Abad. Además de tratar los asuntos de la comunidad se preocupa del fenómeno de la innovación. Luego hace la aplicación para la empresa, da ejemplos de buen funcionamiento y orientaciones sobre la dirección de la misma: buscar al hombre interior, tratar con personas, dirigir con valores.

A partir de la p. 120 es Bodo Janssen, empresario, quien escribe recordando los grandes beneficios recibidos en los seminarios del P. Anselm. Destaca las distintas actitudes incluso la del gerente que ha aprendido a tratar con humanidad a las personas pero que conserva en el fondo sus propios criterios. Ha descubierto la dignidad de las personas y el significado del éxito; llevó con dificultad la crisis de personas que sentían perder su poder e influencia. El cambio y la buena marcha de la cadena hotelera les animó a trazar su árbol de valores: justicia, fiabilidad, apertura, confianza, cordialidad, calidad, etc.

En la expresión de Bodo, que es otro lenguaje al de Anselm, hay referencias constantes al monasterio, pero le permite analizar temas como el del poder, la libertad, del afán por la innovación, con la constante del respeto a la dignidad y a la puesta en juego de las capacidades de las personas. En ese tono se expresa cuando trata de evitar toda amenaza en la empresa para crear retos que las personas toman sobre sí mismas. Su gran descubrimiento ha sido el de la humildad, al reconocer que no es perfecto, que hay contradicciones, pero que forman parte de su personalidad. Quiere descubrir algo que encaje con la persona y sus talentos; recuerda que en

los seminarios les invitaba a descubrir a Cristo en el otro. Esto, firma, le ha sido en ocasiones muy difícil, cuando topa con personas que buscan el poder y la competitividad.

Llama la atención que dentro de la empresa se organicen talleres de cultura, de juego, de fiesta, con toda una lista de temas como: El sentido de nuestra acción es que el ser humano sea feliz. *O contribuyo al bien común o tengo el valor para marcharme. Creo conveniente el compromiso social.* Y en todo esto da importancia a “meditar a la orilla del río”, a la voluntad de querer desarrollarse, traducido a tres formas: 1. Ser capaz de hacer algo (Können). 2. Tener licencia para hacerlo (Dürfen) y 3. Querer hacerlo (Wollen).

En la meditación se aprende a diferenciar entre pensamientos automáticos e intencionados. Cuando el P. Anselm recibe grupos aprenden a vivir la hospitalidad en su verdadero sentido; no sólo cuidan a los clientes de los hoteles, sino que se esfuerzan por saber quiénes son y qué traen consigo como personas. Se les nota que están en armonía consigo mismo.

Va cerrando con tres preguntas que un empresario debe hacerse para conocer lo esencial de su empresa:

1. ¿Qué te gustaría ofrecer a las personas con tu empresa? 2. ¿Infundes esperanza en una vida buena? 3. ¿Se sienten comprendidas las personas en tu empresa? Bodo visita con frecuencia el monasterio, escucha el trinar de un pájaro; ¿cuál será? Abre su móvil y el canto del ave la descubre: es un pinzón. Un empresario escucha el canto de un pinzón; ¿interesante?

José M^a Martínez

Anselm GRÜM, *De la felicidad en las pequeñas cosas*, Kairós, Barcelona 2019, 105 pp.

Un nuevo libro de Anselm Grün, de quien sigue sorprendiendo su capacidad de escribir tantas obras. Es posible que para cuando esta recensión haya sido publicada ya haya otra obra suya en las librerías. Pero considero que tal proliferación de obras está haciendo que las que escribe últimamente carezcan de la hondura, el reposo y la sabiduría de sus obras iniciales. Al menos esa impresión me ha dado esta obra, que tiene un título atrayente, sin duda, y que muestra el encanto de la reflexión sencilla, accesible para cualquier persona, pero a la que le falta hondura y consistencia.

Aunque en el título habla de “felicidad”, y a ella se refiere constante-

mente, en realidad la entiende en el conjunto de la obra como “satisfacción”. Esta equiparación de ambos conceptos es una sorpresa para el lector, aunque es cierto que es muy fácil igualarlos, por más que en castellano no son sinónimos. Es posible que en alemán sea más fácil realizar esa asimilación. Hacer referencia a los distintos matices de la palabra “satisfacción” le llevan muchas de las páginas del libro, pues tanto en alemán como en español, la expresión “satisfacción” y “estar satisfecho” puede dar lugar a interpretaciones muy diversas, tanto en el sentido positivo como en el negativo. Y a todas estas interpretaciones las atiende, con gran proliferación de ejemplos, contextos, matices... Deja claro en este que respecto a la satisfacción podemos pecar tanto por exceso, proponiéndonos metas de satisfacción tan altas que nunca podamos alcanzar, como por defecto, viviendo una satisfacción saciada, somnolienta o esclavizada (Marcuse) que nos anule como personas o nos cosifique.

Para clarificar las distintas acepciones, acude con mucha frecuencia a la etimología de los distintos conceptos que utiliza; pero es la etimología de los conceptos alemanes, por lo que hay páginas en las que el lector que no domine el alemán, que sin duda

será mayoritario, se siente al menos un tanto incómodo.

Liga la comprensión de la felicidad y la satisfacción a distintos conceptos, como libertad, paz, protección, modestia, gratitud, realización, humildad, sencillez, ascetismo... Pero hay un concepto fundamental: el de aceptación. A él se refiere de múltiples formas: la aceptación de la propia condición, la aceptación de los demás, la capacidad de encajar las cosas como vienen, la disponibilidad para vivir sin enfrentarse a aquello que no merece la pena, porque no es posible cambiarlo, la disposición para reducir las expectativas que nos hacemos ante las personas, el futuro, uno mismo...

Esta aceptación es inversamente proporcional a la tendencia a dejarse dominar por el orgullo, a sobrevalorarse, a centrarse exclusivamente en el propio ego. E invita a rebajar las cotas de exigencia que proponemos a las demás personas y a nosotros mismos. Propone muchos ejemplos de relaciones en las que es imprescindible, para convivir y para ser mínimamente felices, rebajar el grado de exigencia: de padres con hijos y de hijos con padres, de relaciones laborales, de superiores e inferiores... Incluso respecto a los amigos. Está

claro que, si les exigimos la perfección a los amigos, posiblemente nos quedaremos sin amigos.

La mayoría de la obra es apta para todas las personas, independientemente de si son creyentes o no y de cuál sea su creencia concreta. Solamente hay algunas páginas y algunos capítulos concretos en los que se propone la fe, y concretamente el cristianismo, como un camino especialmente para ser felices. Es precisamente en los capítulos finales de la obra donde Anselm Grün ofrece las distintas sendas para alcanzar la satisfacción necesaria (léase la felicidad) para poder vivir, y las ofrece en tres vertientes: el estoicismo, en el que se centra fundamentalmente en el ejemplo de pensamiento y de vida de Epicteto; las vías psicológicas, en las que cita a Jung, a Roberto Assagioli, fundador de la psicósíntesis y James Bugental, representante de la psicología transpersonal. Y finalmente, las vías espirituales, que es donde cita expresamente a Jesús.

La aportación que me ha parecido más interesante, como en otros libros de Anselm Grün, es la que realiza a partir de su propia vida monástica. No en vano, el monasterio, por su especial configuración y su despojamiento de cosas y ocupaciones que

fácilmente nos distraen, es un ámbito en el que afloran con especial claridad las dificultades y los logros a los que el ser humano se enfrenta. Es desde su propia experiencia personal desde donde nos puede decir con indiscutible autoridad que no podemos esperar de los demás algo que sólo podemos encontrar en nuestro interior, por lo que tenemos que estar muy atentos para no proyectar en los demás la insatisfacción de nuestra propia vida; y que no es posible pretender una convivencia óptima, porque esta no existe.

Esteban de Vega

Martin LAIRD, Una ausencia iluminada. Silencio, conciencia y contemplación, PPC, Madrid 2018, 235 pp.

El autor de este libro es un dominico estadounidense que “pretende mostrar cómo la tradición cristiana de la práctica contemplativa tiene que ver tanto con la expansión de la conciencia tal cual es como con la concentración de nuestra atención en una palabra o frase de oración. De hecho, la expansión de la conciencia y la concentración de la atención son las dos caras de la moneda de nuestro espíritu. Son como si fuesen una”. Así pues, el libro pretende ser una obra

eminentemente práctica, para ayudar a hacer silencio, a tomar conciencia y a contemplar. Pero, tras la lectura del libro, es necesario reconocer que la obra no se refiere sólo al análisis de la concentración, la capacidad de hacer silencio y la toma de conciencia plena, sino que, aun dándole a ese objetivo la prioridad, amplía el contenido al campo de la oración cristiana en todas sus vertientes y no sólo la de tipo contemplativo.

Con todo, sí hay que reconocer que realmente acude a la tradición cristiana y subraya en ella todos los aspectos y testimonios que ligan la práctica de la oración a la experiencia de tipo contemplativo. Son muchísimos los autores citados en esta línea a lo largo de todo el libro: San Buenaventura, San Juan de la Cruz, Dionisio Areopagita, San Hesiquio, San Diadoco, San Máximo el Confesor, Silesius, San Agustín, Evagrio, Guigo II, San Gregorio el Sinaíta, el monje Teófanos, el Maestro Eckart, San Isaac el sirio, San Isaac de Nínive, Jordán de Sajonia, Fray Luis de León, Plotino, Anfíloco de Patmos, San Juan Climaco...

El lenguaje del autor resulta un tanto curioso, pues mantiene constantemente una especie de humor que le da un cierto tono irónico. Habla

en varias ocasiones de sus clases y de sus alumnos y parece que desea mantener en el libro el mismo tono cordial que pretende en sus clases. Pero lo cierto es que a veces lo logra y otras es excesivo y hasta empalagoso, del mismo modo que hay páginas que resultan muy interesantes y otras no tanto, por lo que reconozco que la obra me parece irregular. Hay páginas en las que se detiene en pormenores y problemáticas que puede que en la cultura estadounidense puedan parecer importantes, pero que no lo son tanto en nuestra cultura española.

El libro es de fácil lectura y siempre que quiere comunicar alguna enseñanza práctica para profundizar en la oración, acude a experiencias concretas de su propio proceso personal o del acompañamiento que ha realizado a personas que desean profundizar en el camino de la oración contemplativa. Así, utiliza anécdotas y ejemplos relativos al escultor Miguel Ángel y su proceso creativo; a una persona que quiere hacer un retiro en profundo silencio, y sin embargo se enfrenta al ruido infernal de una motosierra durante varias tardes; a la historia del aburrimiento de la abadesa de Grewe; a la experiencia de un alumno a quien ha abandonado su novia; a la de Josh, una persona que

se enfrenta a la depresión; a la experiencia de Margot, que abusa del hilo dental y del cepillo de dientes como autocastigo inconsciente por no saberse perdonar por una mala relación con su padre... Todos estos relatos hacen de la lectura del libro un ejercicio amable, pero en conjunto se hace demasiado reiterativo en determinados temas, como la conciencia plena, el parloteo interior, la atención secuestrada...

Hay páginas sumamente interesantes en las que Martín Laird se muestra como un auténtico maestro de oración y de vida espiritual. Se presentan, por ejemplo, ocasiones en las que realmente ayuda a discernir sobre la vida de oración, llamando la atención sobre el peligro de confundir la oración con el mero sesteo espiritual, utilizando irónicamente conceptos como “embrujo de la luna”, “la hora del vermut del mantra...”. Invita a ir más allá, a cuidar la receptividad vigilante, alentando siempre el deseo de buscar algo más profundo, de profundizar en la necesidad de purificar las intenciones, de superar los momentos de dificultad, de aburrimiento, de sequedad espiritual. Estos momentos forman parte del camino y son buena señal, indicio de que no es la mera complacencia la que nos lleva a avanzar por el camino de la oración.

Con su lenguaje irónico, a veces un tanto artificioso, avisa contra la utilización de la dimensión espiritual y de sus dinámicas en función del engrandecimiento del ego. Así, dice: “La espiritualidad es champán para el ego. Un corcho tras otro sale disparado a medida que el ego pimpla con entusiasmo, mientras ve en qué fase de la vida espiritual se encuentra...” (179).

El último capítulo es especialmente interesante y esclarecedor, pues de forma más breve y certera aborda temas concretos que cualquier persona que se adentra en el camino de la oración puede plantear: la oración de petición, la tentación de quedarse dormido en los momentos de oración, la utilización de iconos y estatuas, la falta de tiempo, la impresión de perder el tiempo, la dificultad para perdonar y la ayuda que la oración puede proporcionar... En este último capítulo reconoce que el camino de la oración cristiana es muy amplio y variado y que la oración contemplativa es una modalidad más. Con sencillez reconoce: “A decir verdad, nos costaría mucho encontrar una enseñanza fidedigna de la oración que abogue por la práctica contemplativa en detrimento de otras formas de oración” (200). Me parece muy noble que casi al terminar la obra reconozca, después de tantas páginas proponiendo

un determinado camino de oración, que el encuentro con el Señor se puede realizar por caminos muy distintos, pues, como decía el poeta León Felipe, para cada hombre tiene Dios un camino diferente.

Esteban de Vega

Ronald ROLHEISER, *En lucha con Dios*, Ronald Rolheiser, Sal Terrae, Santander 2019. 200 págs.

El libro se subtitula *Encontrar esperanza y sentido en nuestras luchas diarias para ser humanos*. Quizá este subtítulo ayude a hacerse una idea del contenido de este libro, de difícil catalogación. Sin lugar a dudas, se trata de un auténtico libro de lectura espiritual, de esos que, a medida que se lee, expande el espíritu, invita a mirar la realidad de otro modo, ayuda a entrar en contacto con Dios y con las personas... Pero tiene partes en los que bien podríamos pensar que se trata de un libro de filosofía, de psicología, de antropología, incluso de arte... En todo caso, es un libro cuya lectura merece la pena.

En él aparecen reflexiones sorprendentes sobre temas variados: la vida, el peso de la existencia y el esfuerzo que conlleva el ejercicio de vivir; la confianza, la bondad y la maldad de

la existencia, su complejidad... Con el término “lucha”, da la impresión de que abordará más lo que la existencia tiene de caos que de orden, y creo que es así. Pero no por eso es un libro pesimista. Más bien, pone los ojos en la dificultad para invitar a abordarla con tesón, determinación y confianza. Quizá este párrafo, perteneciente a las primeras páginas, puede ser revelador de la globalidad del libro: “La vida es difícil para todos. Todos sufrimos. No necesitamos culpar a nadie. Todos estamos acosados por los mismos problemas. Comprender y aceptar esta verdad puede ayudarnos a perdonarnos unos a otros, y, después, a perdonarnos a nosotros mismos de vivir” (21). Y este otro, pasada la mitad del libro, puede dar razón del porqué del enigmático título escogido por el autor: “En sus memorias, *Informe al Greco*, Nikos Kazantzakis comparte esta historia. Siendo joven pasó un verano en un monasterio, y mientras estuvo allí tuvo una serie de conversaciones con un monje anciano. Un día le preguntó al anciano monje: **¿Aún sigue luchando con el diablo, Padre Macario?** El monje le respondió: *Ya no, hijo mío. Estoy ya viejo y él ha envejecido conmigo. Ya no tengo la fuerza... lucho con Dios* (129)”.

En lucha con Dios es un título adecuado al contenido del libro, porque en sus páginas aparecen las preguntas, las desazones, los sentimientos de frustración, las piezas difíciles de encajar en la vida de todas las personas... Pero no para quedarse en la queja, sino para ofrecer siempre la posibilidad de encontrar sentido, y no porque nosotros lo tengamos que buscar y forzar, sino porque Dios lo regala, aunque eso no evite la lucha.

El significado de la lucha que se produce en el ser humano, en primer lugar, consigo mismo, se clarifica en el primer capítulo, cuando se explica que toda persona debe ser fiel a dos lealtades: la lealtad pagana, la propia del mamífero, y la cristiana, que es la espiritual. Una explicación que parece excesivamente dualista, pero que ayuda a situarse ante lo que se propone. Para ellos, sin duda, hay que superar la tentación inicial de cerrar el libro por encontrarse con tal exageración cartesiana. Pero algo muy positivo es que el autor no da el paso a demonizar una de las lealtades y a santificar la otra; por el contrario, se mantiene fiel a ambas y se niega a renunciar a ninguna. Y eso, a pesar de reconocer que no es fácil, porque lo propio de esta cultura es apostar a favor del polo secular (el pagano, el mamífero) renunciando al polo religioso.

A partir de esta clarificación, el libro aborda distintos campos de lucha, capítulo por capítulo: la lucha con nuestras energías eróticas, con el miedo, con el mandato evangélico de salir al encuentro de los pobres, con la fe y la duda, con Dios, con la fe en una cultura compleja. Y ofrece, en el último capítulo, orientaciones para un camino largo.

Me han parecido especialmente interesantes los dos capítulos que dedica a la fe, escritos con gran realismo y de un modo muy existencial, sin evitar por ello una mirada a la experiencia de la noche oscura, en referencia a los místicos, pero expresada de un modo muy cercano, fácilmente comprensible para quien se debate en sus propias luchas, aunque no haya llegado ni por asomo al nivel de estos maestros espirituales.

Veo un pequeño inconveniente en este libro, que es fácilmente asumible, y es que, siendo el autor un sacerdote de origen canadiense, la referencia de la mayor parte de sus citas corresponde a autores que no son muy conocidos en el mundo espiritual español, exceptuando a Charles Taylor, Alvin Toffler, San Juan de la Cruz, Jurgen Moltmann y, por supuesto, Henry Nouwen, que es uno de sus principales referentes.

Y, desde luego, convendría que antes de una nueva edición del libro se corrigiese el gran número de erratas que se encuentran en él.

Esteban de Vega

Luis Alfonso ZAMORANO, *Ya no te llamarán “abandonada”, Acompañamiento psico-espiritual a supervivientes de abuso sexual*, PPC, Madrid 2019, 244 pp.

El autor confiesa al inicio del libro que ha pretendido escribir una obra sobre el abuso sexual, temática tan actual, que esté al alcance de todos: “panadero, albañil, la pescadera o la peluquera, el catequista...”. Y es cierto: el estilo es tan ágil, tan ameno, tan claro, que puede estar al alcance de todos. El único problema para que la lectura del libro pueda alcanzar un elevado número de lectores es la extensión del libro, porque se trata de 244 págs., en un libro de formato grande, con letra más bien pequeña, que puede asustar. Quizá el contenido podría ser más breve, más sintético. Pero en ese caso el libro dejaría de presentar tantos alicientes, porque precisamente parte del encanto de esta obra es que ofrece capítulos muy diversos, para responder holgadamente a las expectativas de un público muy variado; y, además, la

lectura de muchos de los capítulos es totalmente independiente de que se lea el conjunto de la obra. Y el índice es tan sumamente detallado que sirve de guía para encontrar precisamente aquello que se busca, en el caso de que no se desee abordar toda la temática del libro.

La obra se refiere fundamentalmente al abuso sexual en menores de edad, aunque se amplía también el campo al abuso de personas vulnerables; incluso el concepto de lo que entendemos por *persona vulnerable* se extiende a un espectro mucho mayor del que ordinariamente situamos en dicha catalogación, porque la asimetría de las relaciones puede ser ya causa real de vulnerabilidad.

El libro tiene dos partes claramente diferenciadas. La primera parte tiene un matiz más introductorio, tal y como indica su título: “Comprendiendo -si es que se puede- el abuso sexual infantil”. No es una mera introducción, desde luego, porque se extiende hasta la pág. 122. Y la segunda parte, “Claves para el acompañamiento psico-espiritual de los supervivientes”, es la porción de libro en la que se aborda directamente el contenido que promete en el subtítulo del libro. Pero la primera parte, además de ser muy interesante, es muy ade-

cuada para poder situarse mejor ante la temática de la segunda mitad. No es imprescindible, si se desea abordar directamente el tema del acompañamiento, pero sí es muy conveniente. Merece la pena clarificar conceptos, conocer encuestas para hacernos idea de las dimensiones de este problema -encuestas que se refieren a tres países: Estados Unidos, Chile y España-, intentar responder a preguntas que tantas veces nos hacemos y respecto a las cuales no siempre encontramos fuentes fiables. Preguntas como, por ejemplo, por qué cuesta tanto reaccionar cuando se sufren los abusos, por qué se tarda en acusar, por qué se puede llegar a la autoculpación... Estas preguntas ayudan a entender la hondura del dolor de las víctimas y el sufrimiento psicológico y vital que ocasiona.

De aquí se da el salto para estar atento y entender mejor los síntomas que se pueden apreciar en el niño que sufre el abuso, las consecuencias que se producen según las edades, las manifestaciones que se puedan observar en el futuro... Y todo ello, ofreciendo a la vez consejos, sugerencias que ayuden a interpretar los efectos de tipo psicológico que la víctima pueda sufrir en el presente y en el futuro: culpabilidad, autoestima disminuida, adicciones, depresión, trastornos disociativos...

Luis Alfonso Zamorano está muy bien documentado y se nota que no se mueve en el rol del profesional que desea tratar el tema de un modo frío y distante. Por el contrario, constantemente toma partido a favor de las víctimas, comprende su situación y les expresa su deseo de que, ya que han sufrido el dolor que supone la victimización, no se sometan al proceso de revictimización que con frecuencia llega con el paso del tiempo, por la obsesión con que se vive, la posible cerrazón, los juicios de los demás, aunque puedan parecer bien-intencionados...

El autor, por otra parte, se expresa con mucha autenticidad, hablando muchas veces en primera persona, porque conoce muchos casos que ha acompañado, y en referencia constante al Papa, de quien alaba su arrojo, no sólo por sus declaraciones y actuaciones tan sumamente valientes, sino por haber sido capaz de reconocer su error cuando en algún momento tuvo un posicionamiento más bien tibio respecto a los presuntos abusadores.

En esta primera parte se ofrecen también algunos excursos sumamente interesantes, por ejemplo, sobre la cuestión del celibato, sobre lo que ocurre cuando se acusa a gente que al final resulta inocente...

En la segunda parte, como ya he dicho, es donde se aborda de forma directa, con mucho detenimiento y precisión, el tema del acompañamiento psico-espiritual a las víctimas. Hay determinados capítulos en los que responde de forma muy directa a cuestiones de tipo operativo para aconsejar el modo de actuar: por ejemplo, ante la sospecha de abuso, ante la revelación de un menor, ante la duda de si denunciar o no, o de hacer público el nombre del abusador, o sobre los primeros pasos que hay que dar para lograr la sanación interior...

En algunos momentos, extrapola la experiencia de los abusos y extrae consecuencias para la vida de toda persona: la capacidad de superación, de mantenerse por encima de las dificultades, de extraer fortaleza de la debilidad... sin que, en absoluto, hablar así suponga relativizar lo más mínimo el mal que el abuso significa.

También es justo reconocer que la bibliografía y las referencias a internet que aparecen al final del libro presentan un abanico muy grande de posibilidades de acercarse a un tema que, hasta hace poco, parecía de difícil conocimiento, y que revela la importancia y la trascendencia que ha adquirido en poco tiempo. De la

misma forma que sorprende la gran cantidad de citas y referencias que Luis Alfonso realiza en el propio texto, refiriéndose a médicos, terapeutas, psicólogos, sociólogos, teólogos...

El conjunto de todo lo expuesto creo que permite entender que esta obra es una referencia obligada para todas las personas que deseen acercarse al tema, especialmente apta para educadores, por la naturaleza de su profesión, pero apta, tal y como el autor se proponía, para todas las personas que deseen un conocimiento más sólido de este tema, tan presente actualmente en nuestras vidas.

Esteban de Vega Alonso

Walter J. SISJEK-Daniel L. FLAHERTY, *Caminando por valles oscuros, Memoria de un jesuita en el Gulag*, Ediciones Palabra, Madrid 2017, 245 págs.

No es extraño que esta obra haya tenido gran éxito editorial, porque narra una experiencia humana y espiritual poco habitual. El Padre jesuita Walter H. Sisjek vivió 23 años en Rusia, la mayor parte de ellos en la cárcel o en campos de concentración, y volvió a Estados Unidos, su país natal, en 1969, cuando ya prácticamente nadie podía pensar que siguiera con

vida. Una historia, por tanto, sobrecogedora, que nos acerca a la realidad del cristianismo en la antigua Unión Soviética, a partir de la experiencia personal de un testigo de excepción.

El autor es ayudado en la redacción de esta obra por su amigo Daniel L. Flaherty, de quien se siento deudor y a quien agradece profundamente la ayuda prestada en este segundo libro, porque previamente había escrito uno mucho más breve, en el que sólo narra lo que había acontecido. En esta obra, mucho más importante que los acontecimientos vividos, es la propia vivencia en sí, lo que va descubriendo, sufriendo, aprendiendo, discerniendo... Es, por lo tanto, un relato interior, en paralelo con los acontecimientos históricos que se van sucediendo.

Y los acontecimientos históricos son fáciles de describir. Walter J. Sisjek siempre deseó evangelizar en Rusia, pero había descartado ya la idea de poder hacerlo cuando se encontraba realizando su misión en Polonia. La ocupación soviética de Polonia le proporcionó la posibilidad de entrar de incógnito en Rusia con otros muchos polacos que habían sido movilizadas para trabajar en la Unión Soviética. La posibilidad de realizar su sueño le llena de alegría, pero una vez

en Rusia es descubierto como sacerdote y su vida se complicará de una forma insospechada durante largos años: acusación de espionaje y prisión en Lubianka, donde, tras varios años, se le invita a ejercer de espía ruso en el Vaticano, algo a lo que el P. Sisjek se niega. De resultas de esta negativa, es condenado a trabajos forzados en Dudinka, en Siberia. Sobrevive a esa dura experiencia, y a partir de ese momento es trasladado a Norilsk, en libertad condicionada, donde ejercerá su ministerio sacerdotal entre la población polaca. De ahí, se le expulsa a Krasnoyarsk, donde, irreductible a las amenazas, sigue ejerciendo su ministerio con gran éxito. De nuevo se le traslada a otra ciudad, Abakán, con la prohibición de ejercer el sacerdocio... Las amenazas no consiguen doblegarle, hasta que en 1969 es devuelto a Estados Unidos.

En total, fueron 15 años de cárcel y trabajos forzados y 8 años en distintas ciudades, siempre en contacto con las comunidades cristianas que recibían con gozo la presencia de un sacerdote y que sorprenden por su resistencia y su empeño en seguir manteniendo una fe viva y una práctica cristiana a pesar de la marginación, las amenazas y los castigos que su empeño les ocasionaban.

En paralelo con estos acontecimientos, el autor va narrando su historia personal, que es la que realmente cuenta en esta obra, pues el P. Sisjek confiesa desde el comienzo del libro que su verdadero objetivo es la comunicación de un testimonio que pueda dar luz a todos los cristianos, y muy especialmente a los que se enfrentan a situaciones de persecución y condena. Y vaya si lo hace. A lo largo de las páginas, nos acercamos a las profundidades insondables del dolor, la duda, el sentimiento de abandono, la tentación... Un verdadero infierno del que el P. Sisjek consigue salir en un ejercicio de profunda conversión personal y en el que la imagen del Dios que siempre había tenido es profundamente transformada. Los preconceptos que el P. Sisjek tenía sobre Dios se ven superados por la realidad de un Dios que se muestra aún más cercano, amoroso y solícito cuando todo parece ponerse en contra.

La personalidad del P. Sisjek se ve sometida a una aniquilación total. La experiencia más dura se le presenta cuando, engañado y atemorizado, firma su propia confesión de espionaje, algo que nunca fue cierto y que nunca debió hacer. Dar ese paso le sumerge en el terreno de la humillación más radical y se ve abandonado

por todos, hasta por Dios mismo. Pero poco a poco la angustia vivida, la desesperanza, el eclipse de la fe, la experiencia del infierno, se van transformando y renace un Sisjek nuevo, que superará el miedo, confiará plenamente y hará de la vivencia de la voluntad de Dios su único objetivo para vivir.

En medio de esta experiencia tan prolongada, de la consolidación de una fe distinta, de pura confianza en el amor de Dios y no en la propia fortaleza, Sisjek ofrece lúcidas reflexiones sobre el silencio, la soledad, el abuso, el miedo, el cuerpo, el trabajo, el dolor, la condición humana, los prejuicios, la pasión por la supervivencia, la vocación, la eucaristía, la oración, el miedo a la muerte, la libertad, la fe, el humanismo...

Una obra muy recomendable, aunque hay que reconocer que las reflexiones se hacen en ocasiones repetitivas y que el deseo de ser muy claro e iluminador, exponiendo con total sinceridad la vivencia de cada momento, le lleva a ser excesivamente repetitivo. Quizá su empeño por la claridad, fiel al discernimiento que se ve obligado a vivir en cada momento, le lleva a pagar el precio de un exceso descriptivo de la experiencia interior. Pero la lectura, sin duda, compensa.

Esteban de Vega

Francis KELLY NEMECK- María Teresa COOMBS, *El camino de la dirección espiritual*, Grupo Editorial Fonte, Burgos 2019, 246 pp.

Hoy se habla mucho de acompañamiento, y este libro podría encuadrarse en esa amplísima temática, pero dejando muy claro que no se refiere a cualquier tipo de acompañamiento, sino a uno muy concreto, muy preciso, del que quiere precisar su gran profundidad: la dirección espiritual. En la breve introducción del libro se puede leer que hoy necesitamos “un estudio a fondo de la dimensión contemplativa inherente a toda dirección espiritual”, y añade “no nos estamos refiriendo tanto a la guía espiritual de los contemplativos como tal, sino más bien a la dirección del aspecto contemplativo, presente en toda persona que busca sinceramente un crecimiento interior, sea cual fuere su estado de vida o su vocación personal”. Para realizar este trabajo, se basa fundamentalmente en la Sagrada Escritura, en la tradición mística de la Iglesia y concretamente en dos maestros espirituales: San Juan de la Cruz y Thomas Merton.

Con esta presentación, es lógico que gran parte de la obra sea de una densidad teológica y escriturística muy profunda, sin grandes concesiones a la amenidad. Esto es especialmente manifiesto en la primera parte, donde presenta el plan de Dios sobre el hombre y expone la unión transformante que Dios quiere vivir con cada ser humano, para la cual es imprescindible contar con personas a las que concede la gracia de ayudar a otros a cooperar voluntariamente en dicha acción transformante. La dirección espiritual adquiere en esta regeneración, que supone la unión transformante, toda su importancia. “La dirección espiritual es un medio que el Padre utiliza para despertar en los dirigidos la conciencia y el reconocimiento de la regeneración de su Hijo dentro de ellos y del engendramiento del Espíritu en todo lo que los rodea”.

Lo cierto es que el libro se hace, a medida que se avanza en su lectura, muy repetitivo, al ofrecer una y otra vez ideas sumamente rotundas, de este tipo: únicamente Dios es el artífice sobrenatural, no el director espiritual; la dirección espiritual solamente ayuda a tomar conciencia de ese camino; la relación trinitaria y la procedencia del Hijo como modelo de relación; la relación de la

dirección espiritual implica una relación sólida y muy exigente, similar a la que el padre del desierto tenía con aquellas personas que se acercaban a él para pedirle consejo. Como el padre del desierto, debe amar la soledad y la oración y beber de sus fuentes, porque no puede nunca descuidar su vida espiritual ni pretender ofrecer aquello que no tiene. La preocupación por la búsqueda de la voluntad de Dios como horizonte último de toda dirección, sin bloquearse en problemas diferentes ni perderse en otro tipo de soluciones intermedias... Lo cual implica que el director no puede ser eficaz si no vive, a su vez, completamente entregado a la voluntad de Dios... o abierto en rotundidad a la escucha “desasida de todo deseo de ver, oír, saber, sentir ni controlar cosa alguna”.

Gran parte del libro se mueve por estos terrenos; sin embargo, hay otras páginas en las que desciende al terreno de lo concreto, y en ocasiones de forma incluso muy práctica. Hay, por ejemplo, páginas en las que el contenido es mucho más psicológico, dando cabida a problemáticas que a veces aparecen en la relación de acompañante y acompañado: la autoimagen, la necesidad de la introspección, la empatía, la capacidad de autoaceptación y la aceptación del

otro, la autonomía, la capacidad de autointimidad...

Y la concreción sigue haciéndose progresivamente más intensa, descendiendo a veces a terrenos mucho más humanos y prosaicos, pero muy realistas, como por ejemplo al hablar de los posibles peligros que se pueden generar en la relación del director y el dirigido, que pueden incluso aconsejar cambiar de acompañante; el peligro de algunos directores que pueden buscar de modo inapropiado satisfacer su hambre de cariño o su necesidad de sentirse amados, la dificultad para encontrar el equilibrio entre la firmeza y la suavidad, el temor a correr riesgos... O peligros por parte del acompañado, como puede ser la falta de claridad en su búsqueda; la desconfianza respecto al director; el deseo de que sean otros quienes le solucionen sus problemas, sin poner la vida en juego; la falta de sinceridad...

El último capítulo lo dedican los autores a aconsejar la vivencia de determinados retiros espirituales, clarificando las distintas modalidades y ofreciendo ayudas, a veces incluso ofreciendo las citas bíblicas para ayudar a discernir.

Me costaría recomendar esta obra a cualquier persona que no tuviera muy

claro que realmente desea profundizar con hondura en lo que significa y supone la dirección espiritual. Creo que quienes normalmente desean vivir algún tipo de acompañamiento no desean tanta profundidad como la que ofrece este libro y resultarían más despistados o asustados o que reamente ayudados.

Esteban de Vega

VIDA RELIGIOSA

Oliveto GÉRARDIN, *Confesiones de un joven monje*, PPC, Madrid, 2019, 357 pp.

Me llamo Hno. Oliveto, tengo 38 años (hoy 41), criado en Francia a finales del s. XX y un 26 de diciembre del año 2000 escogí una forma de vida como monje cristiano, católico, occidental. Una vida llana, a los 23 años dejé mi familia y reconozco hoy que ese deseo provenía de Dios.

Con toda sencillez comienza esta biografía con el objetivo de ofrecernos a sí mismo y su propio punto de vista de la existencia. Pone a Dios en primer lugar y no se lo reserva para él mismo. La obra se me hizo interesante en sus cuatro capítulos: los *lugares* del monasterio: iglesia, claustro, refectorio; la *comunidad*: canto, servicio, fecundidad; el

monje: ser uno mismo, sexualidad, conversión, estabilidad, engendramiento; y *Dios*: presente, bueno, silencioso, desconcertante y Luz.

Algunas ideas en torno a los lugares. La *iglesia* como cabeza y corazón del monasterio, el cual es lugar de encuentro, de diálogo y de amor. Da especial importancia a la *portería*, recordando a san Benito, quien recomienda que se ocupe de ella un Hermano dispuesto, amable y sabio; que sepa acoger con discernimiento a quien allí se presente; la portería es el interfaz entre dos universos, el del claustro y la sociedad. El *refectorio* es lugar esencial, un espacio comunitario con una dignidad monástica particular en el que se escucha una palabra y se comparte el alimento. El autor relaciona la liturgia y la mesa del refectorio. Junto a él, la *cocina*, centro de la comunidad; recuerda la influencia de los monjes en el conocimiento de los alimentos y de la bebida. Ejemplo las cocinas de la Abadía de Alcobaça (Portugal). La *arquitectura monástica* posee su interioridad, el *claustro* donde comparten los monjes sus tiempos de recreo; la interioridad arquitectónica quiere acompañar a la del corazón y ayudar al recogimiento, es el paso de preparación para la iglesia. Corresponde a cada monje dar forma a las piedras para permitirles que alcancen el sen-

tido profundo que llevan dentro. En la tradición, la *sala capitular* reunía diariamente a los monjes para leer la regla de S. Benito y escuchar a veces el comentario del Abad; ahí ejercen los Hermanos el derecho de voz y voto en su elección y toma de decisiones de cierta importancia.

Los *talleres* son importantes: Dios entre los pucheros, en la tierra de los campos, tras los ordenadores de la contabilidad, en medio de pinceles, martillos y taladros. S. Benito llama casa de Dios a todo el monasterio. Son lugares preciosos para dar testimonio de la comunión concreta con la humanidad. El imaginario popular respecto a la *Biblioteca* la llena de pergaminos, libros iluminados. Gran parte de esta riqueza desapareció debido a las expulsiones de las comunidades religiosas a finales del s. XIX. Pero la Biblioteca sigue incorporada a la imagen corporativo del monasterio. El monje siempre está en formación, nunca termina de crecer en la fe y se sumerge en los escritos de los Padres, de teólogos, de los monjes que nos han precedido.

El capítulo dedicado a la comunidad hace algunos subrayados interesantes. La tarea del monje, como la del cristiano, no es solitaria, buscamos a Dios en comunidad, en un tejido de rela-

ciones nuevo, restringido e inscrito en el tiempo. Un monasterio no es un edificio de piedra, sino una comunidad de vida. No todos los lugares son aptos para albergar el mismo ideal; la opción comunitaria es un desafío al individualismo; la comunidad es un cuerpo y quiere tener un solo corazón y un solo espíritu. La *fraternidad* es una consecuencia necesaria del amor de Dios, primer fruto y objetivo de la vida cristiana. El Hermano de la comunidad no ha sido elegido por mí, es aquel junto al quien busco a Dios y a quien he escogido amar con todo aquello que nos acerca y a pesar de todo aquello que podría separarnos.

No se puede dejar de lado el *canto* con el que el monje comienza y cierra el día. Es portador de nuestras emociones y a veces las reprime; es expresión privilegiada del amor, de ese amor que trae alegría o sufrimiento; ayuda a controlar las emociones y a asumirlas en una expresión común. Cada uno acude al oficio con su ritmo interior, no siempre es un ritmo común, el constante regreso a esta alabanza y súplica da un sentido a nuestra vida monástica. El *silencio* es fundamental en la vida del monasterio; no es una simple ausencia de palabra sino una actitud permanente de escucha, la acogida constante de

un don, es presencia en la vida. Esto lleva su tiempo de aprendizaje, ya que es más que una práctica, es una manera de ser, es discreción, recepción, acogida. Está, ante todo, vinculado a la escucha. Y es más fuerte cuando es comunitario, como reunión de varios silencios; luego permite una relación en el diálogo y los cometidos de la comunidad, la forma en que vivimos nuestro monacato.

La figura del *Abad* es clave en el monasterio. Es el primero en obedecer a Dios para ser un reflejo puro de la presencia de Cristo para los Hermanos. Debe ser un hombre interior que vela por la vida espiritual del monasterio. Ocurre a veces que se vuelca en lo exterior, con una posición social, pero debe ser un hombre de escucha antes que un hombre de discurso. Construye la unidad de la comunidad en especial con atención a los más débiles. Anima, acompaña, ayuda.

Un rasgo de la comunidad es su *fecundidad*. Se cuestiona el alejamiento de los senderos comunes de nuestra sociedad: ¿Para qué sirven? ¿Qué aportan a la sociedad? La fecundidad monacal está más en su actitud de acogida y actividad; en la oferta a personas que caminan por el desierto espiritual; hacer que los hombres renazcan a una vida auténtica; fecun-

didad de la oración. Los monjes pertenecen a Dios, son para Dios, y esto basta como fecundidad.

El apartado sobre el monje es un retrato de la propia espiritualidad del autor. Trata de descubrir los secretos de la vida monástica. El monje pasa por todo un proceso de construcción; el edificio que va a construir parte del sustrato humano, los dones de Dios. “*Al intentar construir mi propia historia entré en contacto con la historia de los demás, con el fin de llevar a cabo una obra común; mis Hermanos forman parte plena de mi historia*”.

El mismo *cuero* participa de los ritmos de la liturgia; esos días de ayuno preparativos a la Pascua, las celebraciones con un Burdeos incluido. En una sociedad tan interesada por la *sexualidad*, el monje se hace algo raro. Pero la sexualidad del monje no puede dejarse al azar de la espontaneidad, es un trabajo de orientación, de humanización, de personalización. No se es un ser angelical, se es hombre o mujer cuyo crecimiento espiritual pasa por la plena maduración de sus características emociones, psíquicas. “*La novedad de mi celibato era la experiencia de la vida comunitaria, de no estar solo ante Dios, de vivirlo en la fraternidad*”. El celibato, nos dice, ha sido el descubrimiento de la libertad interior y de una profunda alegría.

Una preocupación de los monjes ha sido siempre cultivar la *interioridad*, para educarla según el evangelio. Para ello hay que flanquear la puerta de la imaginación, dejarse impresionar interiormente por el exterior: experiencias, sensaciones, imágenes escogidas libremente, llegan a la conciencia para crear una ecología interior que ayuda a recobrar el equilibrio natural del ecosistema afectivo. Prestamos atención a nuestro mundo interior tan rico en sensaciones, emociones, imágenes, sentimientos y pensamientos.

Otra puerta para la interioridad es la *vida intelectual* y el ejercicio de la libertad. Es entrar en uno mismo para escrutar lo invisible. La relación con Jesucristo hace nacer el sentimiento de nuestra propia interioridad y el deseo de desarrollarla. La alteridad es reveladora de la identidad; lo semejante llama a lo semejante. Esta interioridad va unida a la *humildad*: el monje hace carrera en la humildad; no necesita llamar la atención; basa su equilibrio en la verdad de quien es, en la plenitud que debe buscar. La humildad dirige al hombre hacia Dios y hacia los demás; es apertura del corazón y fruto de una consciente elección. Hay que aprender a abrir esos ojos del corazón; la vida común es ascética y ojalá sea también evangélica; es terapéutica por curar

heridas de todo tipo; es escuela para aprender a amar. En el centro está Dios que hace el trabajo de transformar los corazones.

Y ahora da con el punto clave de su vida: Dios. "Dios es lo esencial en mi vida. El secreto que arroja luz sobre todo. Me hice monje para continuar el diálogo con Dios."

La experiencia que nos narra es muy sencilla; no es la guinda en la tarta, ni una obra maestra; es su fundamento, la razón de toda su existencia, su explicación final, su lógica interna. El monje reconoce que lo ha buscado poco en comparación de Dios que es quien lo busca a él.

Destaca de Dios: su presencia, bondad, sabiduría, silencio, íntimo, celoso, tierno, desconcertante, paciente, misterioso sencillo y Luz. Todo fue un proceso hasta llegar al momento decisivo de abandonar sus certezas sobre Dios y sobre la vida de fe. La reflexión teológica debe estar al servicio del amor y de la aceptación existencial. Aprendió cosas de Dios desde la infancia, y sobre todo que era la bondad misma, y eso le movió en el seguimiento de Cristo. Acoger a ese Dios infinitamente bueno requiere conversión en la manera de pensar y actuar; puede ser perturbadora, pero al fin es fuente de liberación.

La *sabiduría* se manifiesta en el *silencio* de Dios; así como es pretexto para el ateísmo, frente a toda injusticia y sufrimiento, para el monje es una sensación viva, es un silencio al servicio de la libertad del hombre, la respeta, deja libertad para la respuesta. Y en ese silencio se entrega a quien está dispuesto a acogerlo. Es la lógica del amor. Dios es íntimo, viene a nosotros en nuestra intimidad, Él es pura interioridad y cuando se le acepta, muestra su lenguaje en la interioridad de la persona y permite el diálogo personal. Toda la vida monástica está llamada a profundizar en este diálogo. Dios se ha servido de todo lo exterior para la llamada, pero resuena en las profundidades del corazón. Hay un espacio de vida que es profundidad, que es como la contraparte infinita del espacio exterior donde se desarrolla.

"Volver a mi interioridad para encontrarme con el Dios íntimo es un regreso a la unidad, a la unificación interior y a la paz". La afirmación de que todo esto es sencillo como Dios mismo. En esa sencillez está la posible relación con Él. Dios no solo es presencia, sino que también actúa, y lo hace con sencillez en la vida de quien le da su confianza.

La obra se cierra con la consideración de Dios como Luz. Con la luz

termina el epílogo de la obra, deseando que pueda ayudarnos a comprender, más allá de las apariencias, la luz que se refleja en los rostros de los hombres y mujeres con quienes nos encontramos, conocidos o no, pero siempre dignos de ser amados.

José M^a Martínez

Javier GARRIDO, Pedagogía de la afectividad cristiana, San Pablo, 2017, Madrid 356 pp.

Javier Garrido intenta en este libro presentar “la experiencia del sentido a partir de la relación personal con el Dios personal. Y es que en la Biblia no hay otro camino” (11). Por eso, no conviene olvidar que una de las palabras más importantes de este libro es “relación”, ya que va a intentar educar en la afectividad; y, junto a ella, la palabra “pedagogía”, algo en lo que el autor hace caer en la cuenta varias veces. No se trata de un libro para aprender “sobre la Biblia”, ni para hacer exégesis, ni comunicar doctrina: es un libro de pedagogía para crecer en la afectividad, lo cual conlleva, necesariamente, relación. Y, otra advertencia inicial: está escrito, como otros muchos libros de Javier Garrido, pero en este quizá con mayor conciencia, pensando en los creyentes, pero “mirando de reojo” a los no

creyentes que se sienten buscadores. La experiencia de Javier Garrido en el acompañamiento a tantas personas y comunidades se deja sentir de modo muy directo en la sabiduría que ofrece en las páginas de este libro.

Considero que nos encontramos ante un libro necesario, porque hoy es fundamental encontrar instrumentos que ayuden a acompañar en el camino afectivo de la relación con Dios. La fe no es un sistema de creencias doctrinal, sino una luz que ilumina, una relación de confianza. Una relación en la que hay que educar y que, no podemos olvidarlo, implica opción. Sin opción, no podremos hacer de la relación algo vital, fundamental, no algo meramente anecdótico.

El estilo del libro es el propio de tantos libros de Garrido: a veces es muy conciso, casi telegramático; a veces muy condensado, a veces tan esquemático que se presenta con listados y enumeración de situaciones; y a veces parece hasta poético. Por su condensación se hace en ocasiones difícil de leer, excesivamente intenso. Y, sin embargo, hay páginas que resultan tan llenas de contenido, de vida, de experiencia, que el libro que se iba haciendo difícil se vuelve a hacer sumamente atractivo.

El subtítulo recoge los dos grandes campos desde los que va a intentar ofrecer la pedagogía: los salmos y los evangelios. De ambos campos considera que son terrenos privilegiados para entrar en la dinámica afectiva. Repite varias veces que no hay ruptura entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, sino un proceso creciente, el que se recorre en toda la historia de la salvación, que culmina en Jesús.

La parte que dedica a los salmos es algo más breve que la que dedica a los evangelios. En ella se refiere a los salmos como la expresión de la variada experiencia humana en su relación con Dios: experiencia de dolor, abandono, deseo, maledicencia, revancha, búsqueda... Y también de gozo, seguridad, alabanza, bendición... En todo ello está Dios y desde todo ello se puede orar, porque en todo hay experiencia relacional. No oculta que hay experiencias y expresiones que parecen poco cristianas, que son realmente superables; pero aconseja no precipitarse ni racionalizar, para acercarse a los salmos con la humildad suficiente como para reconocer que esas experiencias y sentimientos también están en nosotros y que incluso el pecado es un campo que podemos convertir en terreno de experiencia de encuentro con Dios. Y recuerda que nos conviene no perder de vista nunca el lengua-

je del símbolo, imprescindible en la experiencia religiosa.

Hay páginas en esta parte en las que ofrece, incluso, pasos concretos para el rezo de los salmos, preguntas muy vitales que nos llevan a hacer lecturas existenciales de la realidad, invitación a la apertura y a la comunión con el pueblo creyente, con los que sufren, con la Iglesia...

La parte que se refiere a los evangelios se ofrece con conciencia de que es ahí donde nos encontramos lo mejor. No aparecen muchas ideas nuevas ni lo pretende. Mas bien, invita a abrirse a los evangelios de corazón, a acercarse a través de ellos a Jesús, a aceptarle, reconocerle, teniendo presente que es necesario que el Espíritu ilumine esta experiencia. Y, de un modo ordenado, va ofreciendo pistas para acercarse a las diferentes modalidades que los evangelios nos ofrecen: las parábolas, los milagros, los discursos, los encuentros, los textos que presentan la relación de Jesús con el Padre...

La última parte del libro es más breve y la titula "Reflexión". Se abre con una pregunta: "¿Quién quiere ser Dios para mí?". Reconoce que para el lector puede ser una sorpresa ver que se necesiten tantas pági-

nas para algo que en sí mismo podría ser mucho más breve y sencillo. Lo reconoce, pero a la vez confiesa que su experiencia demuestra que cada persona tiene su propio camino. Hay personas que no necesitarían en absoluto este libro, porque su camino es de una sencillez y claridad envidiable; pero hay personas que necesitan ayuda, pistas, acompañamiento... Y eso es lo que pretende este libro. A pesar de que la experiencia de los tres grandes santos a los que Javier Garrido cita con frecuencia en el conjunto de sus libros, que vivieron la relación afectiva con Dios sin necesitar de una pedagogía previa (S. Francisco de Asís, S. Ignacio de Loyola y Sta. Teresa de Jesús), considera que hoy es muy necesario contar con ayuda para poder vivir las etapas previas del cultivo de la afectividad cristiana. De ahí este libro.

Esteban de Vega

EDUCACIÓN

Lorenzo SÁNCHEZ, *Practicar mindfulness en el aula. Recursos creativos. Propuestas prácticas. Canciones con pautas de trabajo.* PPC, Madrid, 2018, 263 p.

Mindfulness se traduce como atención plena, conciencia plena, medita-

ción. Hay elementos que se pueden destacar, como el no enjuiciamiento, la aceptación y la compasión. Es tomar conciencia de todo lo que ocurre aquí y ahora. Su práctica ayuda a tener menos estrés, a tener más recursos antidepresivos. Se puede resumir en dos palabras: respiración, cuyo vaivén nos acuna, nos mece y nos hace crecer. Mientras nos conectamos con nuestra respiración, hay tres pasos: observar, reposar, y regresar. La atención o focalización voluntaria en un objeto; esta atención nos permite posar y reposar, disfrutar de las cosas y de las situaciones, de las personas.

La obra, eminentemente educativa y dirigida a educadores, se presenta en cinco partes: los preparativos; prácticas, meditación, visualización, ejercicio; Croninter o tiempo interior; las canciones y RespirARTE.

En los preparativos se indican una serie de actividades como “La sarta de respiración” que cada niño se la elabora y le va acompañar en varias actividades. La caja del Mindfulness, donde guardan la sarta, los mandala, las fichas del tangram, la pinza de tortuga, el jardín de la gratitud y el bosque de la gratuidad; para revisar motivos de agradecimiento durante la semana. En el cuaderno vamos anotando la consigna semanal, men-

sual, con referencia a la postura corporal, a la atención de la respiración, ej. “Cuando respiro noto el aire que entra y sale en mi cuerpo”, “cuando voy despacio estoy tranquilo”.

A partir de cuentos y leyendas, por ejemplo, la del granjero y el manojito de varas, se pueden elaborar ejercicios de comprensión, dedicar el minuto de oro a algún alumno. Tiempo de “Ma” y estrategia de la tregua; es tiempo de contemplación de algo que nos ha ocurrido, de silencio, y pensar en el impacto que tiene sobre la persona; la tregua es una pausa para respirar, alto, descanso, parada. Se va a sacar la bandera blanca de la reflexión, de pensar que la agitación de la vida no nos ayuda a ser conscientes. Y así se prepara un espacio para la calma.

La visualización es otra técnica para traer a la mente imágenes; está aconsejada por grandes tradiciones espirituales del mundo. Pueden ser imágenes relajantes, esos cinco minutos de visualización explicados con todo detalle, así como el viaje sobre la alfombra mágica: despegue, contemplación, aterrizaje. Son visualizaciones y asanas, ejercicios de mayor cuidado y duración.

El capítulo 2 se dedica a las prácticas; se dan orientaciones generales sobre

la posición corporal, la respiración, el tono de voz de quien la dirige, la ropa cómoda, y se da paso a la espontaneidad, siempre en un ambiente de confianza. Los ejercicios se presentan muy bien desarrollados con todo detalle para que el educador pueda orientar la sesión de Mindfulness. Tomo uno de ellos:

”Desde la montaña”, meditaciones para los meses del año, de eso se trata de meditar sobre los meses; buscamos acontecimientos personales durante el año. Lugar: aula o sala de interioridad. Primaria. Canción sobre la montaña (va en disco con otras 24 canciones). Duración: de 15 a 20 minutos. Primero tomar postura, ojos cerrados, se recorren los meses, movimientos de las manos y dedos. Poco a poco se despide el ejercicio con la canción la montaña. Hay una pregunta final sobre qué ha aprendido cada uno, se comparte y se trasfiere a la vida. Enumero otros ejercicios: *Manos que desean paz. El taller de alfarería. El bogar donde vivo. El tangram.*

El tercer capítulo, titulado CRO-NINTER (cronos e interior) se dedica al tiempo interior. Son propuestas cortas que se pueden realizar en cualquier momento del día. Por ejemplo, *el minuto de oro*, traemos a la mente a la persona a la que vamos a

dedicar un minuto, pensamos en ella con cariño, agradecimiento, le damos nuestra bendición. *El sudoku*, para un momento de relajación con fondo de música suave. Y así otros como *el funambulista*, *el mudra de la sabiduría...*

El capítulo cuarto orienta sobre las 25 canciones, cada uno de ellas es motivo de un ejercicio. Ejemplo, *Respiro despacio*, acompaña a un juego con los dedos de la mano colocándolos sobre distintas superficies y en distintas posiciones mientras se escucha la canción; *Respiro, despacio, muy suave, con calma*. A cada canción se le ofrecen varias modalidades de ejercicios, tales como un *mudra*, *flor de loto*, *la apertura del templo interior*, *la sarta de respiración*, *la abeja inquieta*, *si me visita un sentimiento*, etc.

El capítulo quinto respirARTE se recogen varias técnicas de respiración. Cuando hacemos consciente lo inconsciente entramos en contacto con la vida, con nuestra vida, CON EL MOMENTO VITAL PRESENTE. Para ello hay que crear siempre un ambiente, despejar el espacio, media luz, música suave, posición corporal.

Una obra muy sencilla, que deja entrever profundidades que es difícil expresar en ella pero que se suponen cuando el autor se dedica a trabajar la

interioridad y la inteligencia espiritual en su trabajo diario con los niños. Estamos dentro de este movimiento importante de trabajar la interioridad en una sociedad que tanto lo necesita.

José María Martínez Beltrán

FILOSOFÍA

Eduardo INFANTE, *Filosofía en la calle*, Ariel, Barcelona 2019, 395 pp.

Eduardo Infante es profesor de Filosofía, vocacionado para la docencia y vocacionado para la Filosofía, y esta doble vocación ha motivado la publicación de este libro que pretende comunicar lo que es la Filosofía a jóvenes y adolescentes y cambiar la imagen que normalmente tienen sobre la asignatura, a la que normalmente se ve inútil y carente de interés. No sé si muchos jóvenes se aventurarán a leer un libro de 400 páginas; pero lo cierto es que Eduardo Infante ha hecho de este libro una obra amena, práctica, interesante, rigurosa en el contenido pero a la vez muy atractiva... La recomendaría especialmente a quienes tienen un ligero interés en el mundo de la Filosofía, pero que se sienten con cierto temor como para embarcarse en la lectura de libros especializados; y la recomendaría a quienes puedan

tener un amplio conocimiento de la historia de la Filosofía, pero que a la vez deseen acercarse a una visión sintética de la misma; porque, aunque el libro no se plantee como historia de la Filosofía, lo cierto es que por sus páginas aparecen muchos filósofos, desde los más conocidos, como Kant, Sócrates, Aristóteles, Descartes, Hegel, Leibniz, Hobbes, Sto. Tomás de Aquino, Locke, Rousseau, Schopenhauer, Kierkegaard... A otros que no son tan conocidos por el gran público, pero que son incuestionablemente referenciales, como Jeremy Bentham, Stuart Mill, Foucault, Lévinas, Hanna Arendt, Maquiavelo, Cioran, Camus, Gabriel Marcel, Russell, María Zambrano, Lyotard, Vattimo, Fukuyama... O, finalmente, autores mucho menos conocidos, pero también importantes, tanto clásicos, como Arcesilao, Trásimaco, Antifonte, Hipias, Aristipo, como modernos o contemporáneos, como es el caso de Elizabeth Anscombe, Philipa Foot, Judith Jarvis Thomson, Michael Sandel, Thoreau, Harriet Taylor, Emilio Lledó, Fred Hoyle, Antonio Escotado, Alain de Botton, Peter Carruthers, Tom Regan...

Algunos de estos autores aparecen en varios capítulos, porque de ninguno de ellos se presenta su aportación a la historia de la Filosofía de modo sistemático, sino que se

les va presentando en función de la problemática que se aborda en cada capítulo. Por eso, Descartes aparece tanto en el capítulo en el que se habla acerca de la verdad y de la certeza del conocimiento, como cuando se habla de los derechos de los animales o del modo de comportarse para ser una persona ética...

La introducción del libro, titulada "La chica que escapó de la caverna por una ventana", en un claro guiño a una obra de literatura, explica muy bien los objetivos que el autor se plantea: acercar la Filosofía a los jóvenes, ofrecer un material que pueda ser atractivo para que los jóvenes conozcan mejor la historia del pensamiento y sobre todo para que descubran que la Filosofía fundamentalmente no es un ejercicio de especulación racional sobre temas que no interesan a nadie, sino que a lo largo de la historia ha abordado los problemas de la vida, los más relevantes en cada momento histórico. Y creo que estos objetivos se logran con la lectura del libro. Y añadiría uno más: aunque el contenido sea sencillo, aunque no ofrezca una profundización muy grande sobre el pensamiento de los autores, es una obra también muy adecuada para los profesores de Filosofía, porque les muestra un modo concreto de actuar, les ofrece muchas pistas para hacer

más atractiva e interesante la asignatura que deben impartir. Y, además, ofrece una síntesis muy aprovechable del pensamiento de muchos autores que le puede venir muy bien.

¿Cuáles son las características concretas dignas de destacar en esta obra? Destaco las siguientes:

- La originalidad que ofrece el libro y los recursos que posibilita para los profesores y los alumnos:

- La referencia a argumentos y escenas de múltiples películas que iluminan, ejemplifican o ayudan a entender y profundizar sobre la problemática que se aborda. Todas las películas citadas, además, aparecen al final del libro, en una lista detallada que recuerda, capítulo por capítulo, las películas que se han ido ofreciendo a lo largo del libro.

- Al final de cada capítulo se ofrece un código QR que puede ser escaneado por el móvil y que permite dejar la opinión sobre el problema filosófico leído... Es una sugerencia muy interesante para interactuar, dar continuidad a la reflexión, trabajar en red...

- Además de las referencias a las películas, hay múltiples alusiones y referencias a otros campos del arte y el

pensamiento: la música, la poesía, la novela...

- Cada capítulo se inicia con una anécdota, una presentación de un problema candente, un ejemplo, una historia... Muchas veces, son ejemplos relacionados con la vida del autor... Es fácil captar la atención en torno al tema que en ese capítulo se abordará y en el que se presentará el pensamiento de varios autores, que son citados desde el comienzo del capítulo. Muchos de los problemas son de rabiosa actualidad: la libertad, la muerte, la relación con los amigos, los padres, la pareja, los celos, el bulling, las drogas, la fe, la ciencia, la felicidad, el placer, la pulsión por comprar y tener, la manipulación, la política, el feminismo, el aborto, el arte, los derechos de los animales, la explotación, la verdad... Todos estos temas se abordan de una forma directa, natural, sin artificiosidades.

- El lenguaje es también un acierto: claro, cercano, a veces poco académico, pero muy comprensible para el joven; y con muchos guiños directos al mundo escolar y a la clase de filosofía en particular, en los que es muy fácil que tanto el alumno como el profesor se vean reconocidos.

- Otro gran acierto es que, al hablar de los filósofos, en muchas ocasiones inicia el conocimiento de la persona en cuestión con una breve presentación de su biografía, sobre todo de aquellos rasgos que ayudan a entender mejor su pensamiento. Es muy interesante y hace más atractiva la figura y la contribución de cada autor, como es el caso de Lévinas, Hobbes, Simone Weil, Simone de Beauvoir...

- Es digno de reconocer también que el autor nunca da una solución final a los temas que va presentando. Muchas veces el desarrollo del capítulo consiste prácticamente en un debate entre las opiniones de los diferentes filósofos a los que se ha hecho referencia en esa temática en cuestión. Se da así a entender que en la historia de la filosofía ha habido pensadores que han ofrecido planteamientos profundamente dispares; pero Eduardo Infante no zanja el debate en ningún momento dando su opinión o proponiendo una solución, sino que se limita a ofrecer argumentos, dejando que sea el lector quien tome su propia postura. Hay ocasiones, obviamente, en las que sí se deja entrever el posicionamiento del autor, especialmente cuando se refiere a los derechos humanos.

Por todos estos motivos, recomiendo la lectura de esta obra, y no sólo a los

jóvenes que estudian Filosofía y a sus profesores, sino también a cualquier persona que desee acercarse de forma agradable y amena al mundo de la Filosofía.

José Luis Guzón Nestar

Elena ANDRÉS SUÁREZ, Ser, San Pablo, Madrid 2019, 151 pp.

“Ser”. El título no puede ser más breve, para referirse a una obra que también es muy breve y está escrita con sencillez y de forma atractiva, sin dejar por eso de ser una obra densa y de gran contenido. Forma parte de la colección que la Editorial San Pablo dedica a la interioridad, y en ella, la autora pretende “convocar las preguntas y las posibles y limitadas respuestas de la cuestión del ser”. Por lo tanto, es una obra en la que se dan cita contenidos, preguntas y preocupaciones que tienen que ver con la filosofía, la antropología, la psicología... pero, muy especialmente, con la espiritualidad. Podríamos decir también con la “interioridad”, por supuesto, pero, afortunadamente, sin confundirla, como a veces ocurre, con el interiorismo. Esto Elena Andrés lo deja claro a lo largo del libro, y muy especialmente al final, en la tercera parte, en la que aborda la realidad de “Ser nosotros”.

Elena Andrés expresa lo que desea de este libro en el prólogo: “Lograr que tú y yo, querido lector o querida lectora, nos emocionáramos con nuestro ser, nos adentráramos en una experiencia más que en un mero compartir ideas o conceptos y nos ilumináramos mutuamente”. Y esto es algo que intenta con un estilo sencillo y directo, una presentación atractiva de las ideas, un continuo goteo de preguntas de tipo personal y de propuestas de ejercicios prácticos que ayudan al autoanálisis, la reflexión y la aplicación de los contenidos... de modo que todo nos ayude realmente a emocionarnos con nuestro ser. Los ejercicios, por otra parte, no son artificiosos ni repetitivos, sino que resultan realmente atractivos e interesantes, mostrando la experiencia de la autora en este terreno de la interiorización y la profundización en uno mismo.

En las páginas de la obra, Elena habla de la importancia de elegir, pues ser es en la práctica algo consustancial a elegir: ser implica elegir; habla de la capacidad de entender la vida como proceso de construcción del ser; de la importancia de reconocernos como nosotros mismos, seres distintos e irrepetibles, a la que le da la importancia de un segundo nacimiento; de la interioridad como ancla de la exis-

tencia de cada persona, algo imprescindible en medio de un mundo tan cambiante; del camino de la felicidad; de la necesidad de vivir una continua conversión y de aprender a desaprender, sin anclarse nunca en conceptos y en esquemas mentales inamovibles; de la comprensión de la vida como un despertar... Son todas ideas que comunica con claridad, a las que hace fácilmente comprensibles, aunque algunas partes del libro resulta de mayor complejidad. No se observa una cita excesiva de autores, aunque no son pocos los pensadores a los que hace referencia, y de muy distintos campos de conocimiento: Goleman, Spinoza, Durkheim, Albom, Moustaki, Lévinas, Rahner, Bonhoeffer, Borja Vilaseca, Comte-Sponville, Juan Martín Velasco...

Está claro que el libro se refiere al ser y se vuelca en la interioridad y el crecimiento interior. No trata de la espiritualidad cristiana. Sin embargo, la autora se expresa y manifiesta a sí misma como cristiana convencida: la vida la ha conducido por ese camino en el que ha encontrado su hogar. No habla mucho de Dios de forma directa, pero cuando lo hace se manifiesta con mucha convicción y claridad. Por ejemplo, en un determinado momento dice “Ora... habla con Dios, quédate dormido en su regazo, ábrete a

su Luz” (61). En el capítulo que dedica a la conversión habla de lo que supone la mirada amorosa de Dios. Y en la segunda parte del libro dedica unas páginas al “ser creyente”, donde expresa cómo entiende la Revelación de la religión y lo que supone para ella la fe en Cristo Jesús.

Continuamente se expresa con imágenes, como no podría ser de otra forma, dada la temática del libro. Pero Elena Andrés tiene un don especial para reflejar de forma sencilla, por medio de imágenes muy elocuentes, lo que para otras personas nos resultaría muy difícil de expresar. Por ejemplo, la diferencia entre plenitud y totalidad, a partir de la capacidad de un vaso; o, una de las imágenes que más me ha gustado, la necesidad de entender la vida como un continuo proceso de construcción a partir de la imagen de la catedral de Vitoria. En esta catedral el hecho de haber descubierto su mala cimentación ha resultado muy positivo para la catedral y para la ciudad, porque ha acrecentado enormemente el número de visitantes que han descubierto los orígenes de la catedral, su proceso de construcción, las técnicas de rehabilitación... Su debilidad inicial ha devenido en una bendición, como tantas veces ocurre en nuestra vida.

Da la impresión de que una obra tan breve, que encierra un contenido tan amplio, difícilmente puede ofrecer grandes novedades que no aparezcan en obras anteriores. Más bien es una especie de síntesis, escrita en un lenguaje muy existencial, eso sí, y de ahí su mayor logro, pero una síntesis de lo mucho que se está escribiendo últimamente sobre la espiritualidad, que en este caso se presenta a partir de una temática más amplia, como es la del ser. Pero, aún siendo más bien una síntesis, los subrayados que hace, el estilo tan directo, y la apertura que realiza en la última parte al “Ser nosotros” me parece que ofrece una gran contribución. Considero, como ya dije, una aportación muy importante esta última parte, aunque sea la más breve, porque pone el acento en un pormenor que hoy tiende a olvidarse, al insistir en la necesidad no sólo de construir un nosotros real, sino antes incluso, de dejar que el nosotros nos construya y de no olvidar nunca “la irrenunciable y necesaria realidad de que nadie es separado de los demás” (131). Antes de que yo me haga, me construya, me elija, he sido dado y me he encontrado con el espacio en el que los otros me configuran y me ayudan a percibir mi propio rostro. La alteridad es fundamental para que mi yo pueda construirse. Y

si esa alteridad la vivo como amistad, tengo la capacidad de descubrir un gran tesoro. Así lo refleja Elena Andrés, que reconoce humildemente que puede disfrutar a raudales de ese gran tesoro.

Esteban de Vega

Santiago ALBA RICO, *Ser o no ser (un cuerpo)*, Planeta, Barcelona 2017, 383 pp.

Realmente, si se quisiera hacer justicia a esta obra del filósofo Santiago Alba Rico, sería difícil poder hacerlo en pocas palabras. A medida que se avanza en su lectura, y una vez que el lector está dispuesto a dejarse sorprender, a veces por páginas increíblemente cautivadoras, y otras por páginas que resultan muy grises, nos damos cuenta de que es un libro especial, de difícil catalogación, muy personal, en el que aparecen contenidos relacionados con la antropología la cultura en general, el arte, la Filosofía del lenguaje, la ontología, la ciencia, la sociología, la psicología, el mundo de los cuentos, la teología, la biología... De todo hay. Por eso, se hace apasionante en muchas ocasiones. Y otras, sencillamente, se hace repetitivo, a veces innecesario. Parece que el autor se complace en conducir al lector por caminos tortuosos, de

los que no se sabe muy bien si tienen algún objetivo. Pero ese objetivo sí existe, desde luego. El caso es tener paciencia para llegar al momento en el que se vislumbra.

Ya de entrada, el concepto más repetido a lo largo de todo el libro resulta un tanto oscuro. Ese concepto es “el cuerpo”, que se enuncia ya en el mismo título, pero, curiosamente, entre paréntesis, como un añadido a lo que podría ser el verdadero título: “Ser o no ser”. Ya desde ahí comienza el claroscuro de esta obra: ¿El cuerpo revela lo que somos o lo oculta? ¿Somos cuerpo o el cuerpo es un lastre del que queremos escapar? Hoy, ¿somos más cuerpo de lo que éramos o bien nuestro cuerpo es más sustituido que nunca por la imagen? ¿Amamos nuestro cuerpo o queremos prescindir de él, liberarnos de sus ataduras, aunque de resultas caigamos de nuevo en él, y más que nunca? ¿El cuidado de nuestro cuerpo, que adquiere cotas insospechadas en el momento actual, significa que dependemos más de él o más bien que tenemos más posibilidades que en otras épocas para prescindir de él, ya que nos movemos en el mundo de lo virtual, del consumo, de la tecnología? El cuerpo aparece a lo largo de todo el libro, como inicio de la reflexión que se realiza en cada uno de

los capítulos. Es un concepto que a veces se interpreta como pura carne; sin embargo, el autor está convencido de que en el ser humano el cuerpo cada vez es menos carne, y tendemos a reducir la realidad del cuerpo entendido como carne a los animales. O, de forma más incisiva, especifica que dejamos la dimensión más carnal para la extracción social más pobre, marginal, desconocida y necesitada, y asociamos a la idea de cuerpo al primer mundo, a los más favorecidos, a los vecinos, a los conocidos... A veces es lo que nos mantiene anclados a la realidad, lo que más nos constituye e identifica, y, sin embargo, es también la parte de la realidad más cambiante. Es lo que nos hace entrar en comunión con los demás, lo que nos revela; y también lo que nos oculta. Y es innegablemente un integrante imprescindible de nuestro ser común, como una partícula de cualquier colectivo del que formemos parte, sea la nación, la religión, la familia, el equipo de deporte...

Esta reflexión continuada sobre el cuerpo, sin embargo, da la impresión de que muchas veces no es más que una especie de hilo conductor, poco más que una excusa, para ofrecer una reflexión sobre nuestra identidad personal y colectiva, sobre nuestra necesidad de controlar y clasificar,

para tener un mínimo de seguridad sobre nuestro conocimiento de la realidad. Sin embargo, Santiago Alba Rico desea quitar las vendas de nuestros ojos, reconociendo que nuestro conocimiento es endeble, cogido con pinzas, subjetivo, por más que se presente con el lenguaje y las formas aparentemente incuestionables de la ciencia.

Cada uno de los capítulos se introduce haciendo alusión a un cuadro de distinta época histórica, que da pie para iniciar la reflexión. A partir de él, utilizando múltiples recursos, se habla del hombre y de la cultura. Estos recursos son quizá la parte más lograda del libro y que mejor capta la atención del lector. Me refiero, por ejemplo, a la interpretación profunda que realiza de mitos, sean estos griegos, americanos, chinos... O al relato pormenorizado de cuentos y narraciones que extrae de sus lecturas, pero que rehace de un modo muy personal, muy atractivo. O también al comentario de poemas, de escenas de películas, de páginas magistrales de ciertas novelas o ensayos... De todos estos recursos, es quizá el del mito el que más explora. Se sirve de él, una vez expresada una cierta categorización muy clarificadora (mitos de creación, de metamorfosis, de multiplicación) para presentar cómo

somos, cómo es la sociedad capitalista, donde todo se convierte en mercancía y no hay nombres, ni cuerpos, sino masa, cantidad, número, y todo termina por convertirse en basura, mercancía desechable o fácilmente intercambiable.

Es un libro, no cabe duda, en el que el autor se ha regodeado y ha disfrutado. Comienza, en la amplia introducción, expresando el deseo que le dominó en una época de su vida de leer por puro placer, con tranquilidad... Pues bien, este libro es en sí mismo un producto pensado para realizar una lectura serena, sin prisas, en el que los argumentos se expresan con detenimiento, repitiendo de forma tranquila, con calma, ideas muy similares, para dejar que calen poco a poco. Ideas, que tarde o temprano, se refieren a la justicia, al amor, a la compasión, a la necesidad de humanizar nuestra vida, pero sin utilizar ni expresiones ni opiniones moralizantes, sino dejando que sea el propio lector el que las pueda hacer. De hecho, en el libro no aparecen juicios de valor, sólo exposición de ideas.

La última parte del libro se titula “Bibliografía caprichosamente razonada”, y hay motivos para tal título, pues no se trata de la lista habitual de los libros a los que se ha hecho refe-

rencia a lo largo de la obra, sino de un comentario, de nuevo detenido y tranquilo, de los libros que se han ido comentando, dando razones de su elección, explicando lo que le aportaron al autor, incluso quién se los recomendó. A lo largo de todo el libro no hay ninguna nota a pie de página. Estas notas, en un formato muy diferente al habitual, se recopilan en esta parte final, haciendo un recorrido capítulo por capítulo, ampliando un poco más la reflexión tan personal que el autor ha ofrecido a lo largo de las extensas páginas de esta obra.

Esteban de Vega

